

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 8 de LA MODA.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

1872. — TOMO XXXIX.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 31. — N° 1,006.

## SUMARIO.

**La Puerta Nacional en Estrasburgo**; grabado. — **El filósofo español tomista, fray Ceferino Gonzalez**. — **Paris pintoresco**: El comercio de los materiales de las demoliciones; grabado. — **Tribunal de Assises del Sena**; grabado. — **Revista de Paris**. — **Historia de dos bofetones**. — **La causa de los republicanos alemanes**; grabados. — **Las obras de canalización de la pérdida del Ródano**; grabado. — **La cueva de Benidoleig**. — **Viajes**: Abisinia; grabados. — **¿Qué hará de ello?** — **Problemas de ajedrez**; grabado. — **Monumento consagrado en la capilla del colegio Rollin, á los alumnos muertos en la última guerra**; grabado.

## El filósofo español tomista,

FRAY CEFERINO GONZALEZ.

Válido por demás hubo de correr no ha mucho

tiempo, dando al olvido nacionales glorias, que los estudios especulativos no eran ni podían ser fecundos en España. La historia, maestra de verdades, puso de manifiesto lo erróneo de este aserto en lo tocante á lo pasado, y la evidencia mas palpable expone á nuestros ojos la falta de verdad en lo que hace á lo presente,

con lo que queda por lo demás demostrada su total falsedad respecto al *esse* y al *posse* de la cuestion en debate.

En efecto, Séneca y Osio en la antigüedad, san Leandro y san Isidoro en la Edad media, Vives y Melchor Cano en la moderna, Orti Lara, Campoamor y Moreno Nieto en la contemporánea, al par de otros innumerables escritores que omitimos, son buena prueba de lo que aseveramos. Mas por si acaso fuese menester nuevas pruebas, depáronos la Providencia en nuestros dias al ilustre dominico fray Ceferino Gonzalez.

Es la modestia virtud, y virtud cristiana por añadidura, cuyos naturales resultados Dios compensa por ignorados caminos. Ocúltase el oro en las entrañas de la tierra, pero el brillo de su natural color descubre indicios del exíguo filon de rica mina; y la luz, quebrándose en colores en la superficie del diamante, distintamente le señala entre la inmensa multitud de piedrezuelas, entre las que se esconde y desaparece. Esto acontece con el filósofo español. En vano aparta con la mano de la humildad la trompa de la fama. El viento esparce sus sonidos, y el padre Ceferino ve atónito invadir su celda estrecha á jóvenes sedientos de saber, á sabios deseosos de conocerle, á escritores que ansian someter sus trabajos á su exámen, y lo que mas le mortifica, á publicaciones, ya aisladas, ya periódicas, en que se da á conocer su justo é ignorado valor por los que consideran cargo de conciencia y crimen de lesa nacionalidad y patria no dar á conocer al mundo sabio la existencia de varon tan ilustre y eminente.

Oriundo de las quebradas montañas del principado de

## La Puerta Nacional

EN ESTRASBURGO.

Su estado actual.

¡Pobre ciudad de Estrasburgo! Hemos creído que en medio del hundimiento de sus murallas, batidas por la metralla prusiana, habria podido salvarse alguna cosa; nos dijeron que las bombas habian pasado por encima de la Puerta Nacional, y que esta puerta quedaba en pie, postrer recuerdo de la Francia perdida.

Inmediatamente publicamos una vista del antiguo monumento alsaciano.

Pero ¡ay! era una ilusion: la Puerta Nacional ha sufrido la misma suerte de las fortificaciones de Estrasburgo; ella tambien ha hecho la guerra, y á pesar de haber resistido ataques cuyas señales son evidentes, salió vencida.

Ahi está desmantelada y á punto de hundirse.

¿Podiamos dejarla intacta en nuestro periódico, cuando ha sufrido tales averias?

No por cierto; y así es que nos apresuramos á rectificar, dando con esto otra prueba de que queremos honrar su memoria. J. C.



ESTRASBURGO. — La Puerta Nacional despues del bombardeo.

Asturias, vió el padre Ceferino la luz en el fragoso valle de Villoria, donde tal vez las empinadas cumbres de las montañas, que por todas partes le rodean, encaminaron desde niño su mirada al cielo, y contribuyeron poderosamente á infundirle ese tinte de natural tristeza y gravedad que casi nunca le abandonan.

Sus padres, modelos típicos de aquellas honradas familias españolas que tantos héroes dieron á la patria por la severidad de sus costumbres y la rigidez con que los educaban, infiltraron de tal modo el amor á la virtud y al estudio en el ánimo del joven asturiano, que, siguiendo el ejemplo de ilustres paisanos suyos, abrazó la carrera eclesiástica, dirigiéndose al colegio de misioneros de Ocaña, donde empezó sus estudios, juntamente con el que después ilustró la órden de predicadores con el admirable martirio que sufrió en Asia el venerable padre fray Melchor García San Pedro, natural del concejo de Quirós, en la provincia de Asturias, como si esta gloriosa tierra, cuna de nuestra nacionalidad y origen de la restauración y de la reconquista, estuviese llamada á restaurar de nuevo las ciencias y la fe, con mártires como san Pedro y filósofos como san Ceferino.

Era tal y tan grande la afición al estudio en este último, que ya desde pequeño empezaron sus ojos á resentirse de tanta y tan continuada lectura, mereciendo de sus compañeros el significativo y humorístico apodo de *Traga-libros*.

Teología, historia, cánones, ciencias políticas y sociales, todo lo recorría con avidez creciente; todo lo leía, sobre todo meditaba; pero ya dejaba conocer muy á las claras su mayor afición á los estudios filosóficos, en su parte especulativa, y ya revelaba á los perspicaces ojos de sus superiores la gran fuerza de especulación, su gran talento, la vasta profundidad de raciocinio de que tan evidentes pruebas está dando.

Un error inconcebible vino á poner á prueba la vocación del joven dominico, prueba de que salió triunfante, dejando mas confirmado así su invencible amor á la religión de santo Domingo. Profesó tan joven, que solo contaba, segun la fe del bautismo, el tiempo canónico necesario para poderlo verificar, cuando, pasado un año, recibió aviso del superior de que su fe de bautismo estaba equivocada, y que por lo tanto, su profesión era nula, y podía, si tal era su voluntad, abandonar el hábito. No se hizo esperar mucho la respuesta, y tras pocos días de ejercicios, volvió á profesar solemnemente, confirmando así por dos veces su ardiente amor á Dios, á la religión y á la ciencia.

Una de las incesantes llamaradas con que la revolución ha estado desolando en este siglo á nuestra patria, obligó á apresurar la marcha para las misiones al padre Ceferino, que, en compañía de otros jóvenes dominicos, se embarcó en Cádiz en la fragata *Fama Cubana*, con tan desgraciada suerte, que asaltados de tempestad furiosa, rota y maltratada la nave, arribaron tras largos días de padecimientos á Rio Janeiro, donde traspasaron á un buque inglés para continuar su navegación interrumpida. Pero estaba de Dios que tenia que pasar por el agua y el fuego, pues apenas en alta mar, estalló un incendio á bordo, producido de intento por varios marineros que se declararon en rebelión abierta.

Fácil es de considerar la natural angustia en situación tan precaria; pero, en fin, Dios hubo de apiadarse, y ante la aparición de otro buque inglés que regresaba, se apagó el fuego, y los cabecillas de la revuelta fueron conducidos á su bordo y separados de la tripulación que alborotaban.

Estos terribles accidentes, que tanto debían afectar el ánimo y que tanto dilataron la navegación, empezaron á abrir mella en la delicada constitución del padre Ceferino, mella que acabó de profundizar el ardor increíble con que, sin abandonar el púlpito ni el confesionario y las prescripciones de la regla, se entregó al estudio en el ardoroso clima de Manila, añadiendo á sus trabajos particulares y á la consumación de sus estudios teológicos el desempeño durante cinco años de la cátedra de filosofía, y durante ocho de la de teología; época funesta para su salud, si bien fecunda en sumo grado para la ciencia.

Abrumado con tales y tantas ocupaciones, á tan colosal distancia de los centros científicos del movimiento intelectual europeo, falto de libros muchas veces, trazó á pluma por entonces la obra magistral titulada *Estudios sobre la filosofía de santo Tomás*, obra gigantesca, monumento del genio y del saber, y lo mas notable que en ciencias filosóficas ha visto quizá el siglo en que vivimos.

Los que, como nosotros, hayan recorrido sus páginas sin prevención alguna ni antecedente ninguno respecto de su autor, habrán sentido subyugarse su espíritu ante aquella poderosa lógica, ante aquella naturalidad y sencillez, ante aquel altísimo vuelo de la razón, que impele á la verdad con tan misteriosa como irresistible fuerza.

Los mas altos y trascendentales problemas de filosofía, agitados por las escuelas orientales, griegas, alemanas, latinas, francesas, italianas, árabes, inglesas y españolas; las soluciones mas distintas dadas por los sistemas antiguos y modernos; los cargos mas graves y severos dirigidos á la filosofía escolástica; las mas difíciles cuestiones relativas al bien, á la verdad y á la belleza, á Dios, al hombre y al mundo, con sus aplicaciones á la moral, á la política, al derecho, á las ciencias físicas y naturales, todo lo estudia, todo lo analiza, todo lo juzga y lo domina desde el elevado punto de la filosofía de santo Tomás.

El racionalismo en sus infinitas divisiones, el tradicionalismo en sus diversos matices, el panteísmo en sus diferentes modos, el materialismo en sus diferentes fases, los errores optimistas ocasionistas ontológicos, empíricos, todos, en fin, reciben condenación justificada, no en vagas y huecas declamaciones, sino con razones poderosas, recto criterio é incontrastable lógica; inútil sería tratar de analizar esta obra; que los que quieran conocerla abran sus páginas, y mas que nuestros pobres encarecimientos dirá á sus ojos la evidencia.

La obra de los *Estudios* fué una revelación. El mundo católico lanzó un grito de entusiasmo. Cual en otro tiempo, desde un ignorado rincón de Cataluña, salió una voz que atrajo las miradas de Europa con su imperio, y el nombre de Balmes corrió á aumentar el catálogo de los varones inmortales, así el mundo científico se asombró ante tanta erudición, tanta ciencia y tanta profundidad de juicio, buscando con la vista la asiática ciudad donde reside el genio.

Pero el genio era un oscuro fraile, de pocas palabras, enemigo del ruido y la exhibición, amante de la soledad y del estudio; y el mundo, arrastrado en el incesante torbellino de las catástrofes políticas, distrajo sus miradas á otra parte mas fácil y divertida ó mas interesante que una obra en tres tomos, de materias abstrusas y metafísicas, y poco tiempo después, un ministro ligero y superficial cuando menos, se atrevió á decir que en la Universidad de Manila, donde habia enseñado cinco años filosofía el padre Ceferino, donde habian sido elaborados los *Estudios sobre la filosofía de santo Tomás*, se enseñaba una filosofía propia de los peores tiempos del oscurantismo.

No fuimos nosotros, por fortuna, de los que perdieron de vista al eminente filósofo, y cuando una enfermedad cruel, contraída por tan penoso estudio en Filipinas, le obligó á volver á España á reponer su salud, tan quebrantada, tuvimos la incomparable honra de ser los primeros en trabar con él lazos de firme y sólida amistad, subordinados á la veneración y al respeto.

Frutos de condescendencia suya é impertinencia nuestra fueron los admirables artículos que sobre la economía política y filosofía alemana y escolástica publicó en la *Cruzada*, primera publicación que en España obtuvo el honor de insertar estudios suyos y de citar con justo elogio su nombre y sus doctrinas.

Escribió mas tarde en la revista *La Ciudad de Dios*, dirigida tambien por el insigne filósofo Orti Lara, en la que dió á luz cuatro magníficos artículos acerca de la filosofía de la historia, señalando su origen racional é histórico, sentando sus principios y elementos, su fin y sus propósitos, analizando los sistemas y combatiendo los errores que, con pretexto de esta ciencia, se infiltran en la filosofía y en la historia.

Y mas tarde, cuando el mundo católico se vió entregado á poco prudente disputa entre las dos exageradas tendencias del partido católico, en la cuestión de la infalibilidad pontificia, el padre Ceferino Gonzalez dejó oír su voz serena en medio del combate, y condenando el amargo celo y la funesta intemperancia de los unos y las peligrosas doctrinas de los otros, restaurando la hermosa doctrina de santo Tomás y Melchor Cano, despejó el camino de nieblas y fantasmas, dejando á la verdad esparcer tranquila sus rayos de luz á las conciencias.

Mientras tanto, el padre Ceferino habia producido otra obra mas difícil, mas útil, si se quiere, todavía. La *Philosophia elementaria*, en que, desenvueltas y ordenadas las admirables doctrinas de santo Tomás, ofrecen un cuerpo de doctrina metodizado, para que la sólida y fundamental filosofía del doctor angélico fortifique las jóvenes inteligencias de los estudiantes de los seminarios, y al mismo tiempo les dé un conocimiento completo y detallado de los principales errores y sistemas que combaten á la verdad en filosofía, no en un exámen aislado de las escuelas, sino en cada teoría, en cada principio, en cada aplicación de la lógica y ontología, de la psicología é ideología, de la cosmología y la teodicea, y, finalmente, de la ética, asistiendo así á la génesis de cada error antiguo y moderno de los que registra la historia de la ciencia.

Pero esta obra, destinada á influir tan poderosamente en la reforma é ilustración de nuestro clero, tan necesaria siempre, pero especialmente hoy en día, y por lo tanto, á la reorganización de nuestra sociedad, tan desquiciada, era estéril, por regla general, para las escuelas y universidades, por el general olvido y decadencia de la lengua del Lacio, en que está escrita la *Philosophia elementaria*. Varias personas, entre las que reivindicamos con orgullo la honra de contarnos los primeros, exigimos y suplicamos que se vertiera al castellano, y al fin lo conseguimos, si bien el padre Ceferino, incapaz para repetirse, la modifica de tal modo al traducirla, añadiéndola por unas partes cercenándola por otras y dándola desarrollo, que mas bien será una nueva obra que no una traducción lo que publique, si es que el estado de su salud le permite dar cima á este trabajo.

Y decimos esto porque aun está vivo el doloroso recuerdo de una decepción que hemos sufrido.

A fuerza de instancia se pudo conseguir que algunos días prescindiese de su exagerada modestia el padre Ceferino, y que en la humilde celda de la calle de la Pasion, donde habita, admitida la renuncia del cargo de rector del colegio de Ocaña, expusiese en algunas conferencias los inmortales principios de la

filosofía tomista. Así lo hizo, en efecto, tres días por semana, desde el 1º de enero de este año, en que, sin aparato ni ostentación, y casi *peripatéticamente*, expuso la importante cuestión de las categorías, la admirable teoría de la verdad, la de la razón y toda la psicología empírica y casi toda la racional, ante un reducido, pero atentísimo auditorio, en el que, entre los varios cuyos nombres no recordamos, se hallaban jóvenes de talento, periodistas, sacerdotes, títulos de Castilla, como Perez Hernandez, ya bien conocido por su talento y afición á los estudios filosóficos; Paga-sartundua, conocido ventajosamente tambien en los círculos literarios como artísticos; el marqués de Heredia, con su afición á la ciencia y á la literatura; el poeta y periodista Melgar; el conocido publicista Perier; el conde de Llobregat, discípulo en Francia del reverendo padre Gratry, y ahora del padre Ceferino en España, sacerdotes como Ortiz, y otros varios, entre los que se halla el autor de estas líneas, el mas ferviente, si bien el menos aprovechado de sus discípulos.

Pero cuando se nos presentaban en seductora perspectiva las importantes cuestiones ontológicas, la ciencia médica obligó al padre Ceferino á suspender las conferencias por algún tiempo, atendido el cada vez peor estado de su vista. Ignoramos si la Providencia volverá á reunir á los que acudimos presurosos á la calle de la Pasion á escuchar las conferencias del padre Ceferino; pero sea lo que quiera, estamos bien seguros que todos los que á ellas asistieron llevarán siempre en su corazón y en su cabeza impreso el recuerdo de aquellos fugaces instantes, tan útiles y tan queridos, en que, irradiando luz de su altísimo entendimiento, iluminaba los nuestros con la claridad, la precisión y hasta la elocuencia de sus explicaciones.

Todavía recordamos aquel magnífico rasgo de natural elocuencia cuando, al exponernos la sublime teoría de la verdad del doctor angélico en sus divisiones de trascendental, subjetiva y moral, nos la representaba con feliz analogía, como un gigantesco triángulo, cuyo vértice supremo era la mente divina, donde existentes de toda eternidad las ideas arquetipas, partían dos rayos divergentes; uno que pasaba por los entendimientos y otro por las cosas, y que representaban, el uno la impresión y participación de la razón divina en nosotros, y el otro la conformidad de las cosas con la idea de su tipo preexistente en el entendimiento divino, y que se unían por el tercero, con que se cerraba el triángulo y que era la ecuación del entendimiento, con el ente, del sugeto con el objeto, de la idea con la realidad, constituyendo el primero la razón, el segundo la verdad metafísica, trascendental y objetiva, y el tercero la verdad lógica, formal y subjetiva, con que quedaba cerrado el triángulo y completada la teoría.

No se crea, por lo que dejamos dicho, que el padre Ceferino, implantado en los antiguos moldes de la escolástica, es una como momia filosófica exhumada de algun monasterio de la Edad media, inaccesible á toda idea, á todo método, á todo procedimiento no practicado en las escuelas. Nada de eso; si el padre Ceferino proclama la absoluta supremacía de la filosofía de santo Tomás, si demuestra lo infundado y gratuito de muchos de los cargos que contra la escolástica formularon la pasión y la ignorancia, no por eso deja de conocer y de aceptar la parte buena de que haya sido causa ocasional la filosofía moderna, ni los extravíos á que en época de decadencia haya podido dar lugar la filosofía de las escuelas, pues no es, como tal vez pudieran sospechar algunos, el padre Ceferino uno de esos huecos y sentimentales declamadores, partidarios sistemáticos de todo lo pasado y enemigos *à priori* de todo lo porvenir y lo presente. Antes, por el contrario, su natural independencia y amor á la verdad, unidos con la inspiración del genio, le llevan á la originalidad en muchas cosas en que, partiendo de la teoría tomista, da desarrollos hasta ahora desconocidos, conquistando verdades á la ciencia y haciendo avanzar así las columnas de Hércules del conocimiento humano.

Tal es, entre otras muchas, que los naturales límites de este estudio nos hacen omitir, su magnífica y completa teoría acerca del origen y generación de las ideas. Tomando por base la potencialidad de la razón, reducida en acto por las impresiones de los sentidos, que producen en la imaginación los *phantasmas*, de los que el entendimiento agente, activo por naturaleza y por participación directa de la razón divina, abstrae las especies inteligibles que, recibidas por el entendimiento posible, dan á la razón materia á la reflexión y punto de partida para tomar su vuelo, distingue las ideas en impresas y expresas, admite el principio *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, clasificando, con tan admirable acierto como profundidad, las ideas en innatas *in fieri proximo*, que es la universal de ente, idea que brota en la razón en cuanto se despierta, y que está primero solo ocasionalmente en los sentidos, en ideas que representan objetos puramente espirituales, y en ideas puro inteligibles, que representan las razones universales que se encuentran en las cosas espirituales como materiales, como la razón de causa, efecto, necesidad y contingencia, etc., etc., y que ambas están en los sentidos como en causa material, remota é indirecta, ó en cuanto estos suministran la materia remota para ellas; y por último, en ideas inferiores ó de primera abstracción, que representan las cosas materiales y

sensibles bajo la forma de universalidad, y que están plenamente en los sentidos como materia próxima.

Profunda y admirable teoría, que al paso que cierra toda entrada a la teoría semi-panteísta de las ideas innatas, al tradicionalismo y al ontologismo, y finalmente, al idealismo y sensualismo, entraña una fecunda clasificación como categórica ó gerárquica de las ideas, con la que se halla fácil solución a las mil dudas que asaltan la razón al considerar el tan intrincado y tan trascendental problema del origen y generación de las ideas.

Esta somera exposición que acabamos de hacer nos pone de manifiesto, al par que la originalidad é independencia, el modo y método filosófico del padre Ceferino.

Espíritu recto y elevado, no se entrega en filosofía a declamaciones poéticas, y mas aristotélico que platónico, indaga las causas y efectos de las cosas con lógica severa y meditado raciocinio, y no con arranques y raptos de pasión, en que tiene por regla general más parte la imaginación que el entendimiento.

Y aquí se nos presenta una nueva faz del padre Ceferino.

Los que estudien sus obras metafísicas y analicen su estilo, que aunque castizo y propio se asemeja por su precisión concisa á una serie de ecuaciones matemáticas, comprenderán, sin duda, lo filosófico de su carácter, revelado en el concepto y en el estilo; pero tal vez no sospechen que aquel que con tanto tino sabe encerrar á la palabra en los límites de la idea, puede, cuando quiere, dar suelta á la imaginación y vuelo á la fantasía, brotando en poéticos raudales torrentes de inspiración y de elocuencia.

Así se nos aparece, en efecto, el padre Ceferino como orador sagrado. Encargado el año 62 de predicar el sermón en la festividad de santo Tomás por la Universidad de Manila, pronunció un magnífico discurso que, sin vacilación alguna, declaramos como una de las joyas mas hermosas que esmaltan el joyel de la elocuencia española, y bastante á estampar para siempre en aquel que la produce el nombre de orador en toda la brillante extensión de la palabra.

Y en prueba de lo que de aseverar acabamos, y por ser, tanto el discurso como esta nueva faz del padre Ceferino, apenas conocidos, insertaremos alguno de sus mas soberbios párrafos.

Después de demostrar que la santidad y la justicia divina han existido siempre en la tierra, desde el Eden al Ararat, desde el Ararat á Sion, desde Sion al Vaticano, en esos hombres que constituyen el apostolado de la verdad y que se llaman Adán, Noé, Moisés, y aunque de un modo incompleto, en esos otros que se llaman Zoroastro y Pitágoras, Platon y Aristóteles, Cicerón y Epitecto, y por último, en toda su plenitud en el Hijo de Dios; después de demostrar que además de la verdad divina, restaurada por Dios y por la Iglesia, existe la verdad humana, cuya obra de restauración, emprendida por Orígenes, Atanasio, Agustín, Lactancio, había de llegar á su perfecto acabamiento en el orden filosófico por santo Tomás de Aquino; después de describir la juventud del discípulo de Alberto el Magno, el estado de la ciencia y de la Europa al tiempo de su aparición, la restauración de la verdad en el orden filosófico por el *buey mudo de Sicilia* con la *Summa contra los gentiles*, y en el orden teológico con la *Summa teológica*, hace esta arrobadora síntesis de los trabajos del santo doctor, terminando con una rápida mirada hacia su santidad y su virtud, expresada en palabras que son todo un cántico de amor. Dice así:

« Había escrito de legislación, de moral, de gobierno, de exégesis, de controversia. Había restaurado y desenvuelto la filosofía cristiana, abriendo al paso nuevos horizontes á la ciencia. Había dominado el movimiento panteísta y el movimiento racionalista, que se alzaban amenazadores contra la religión y contra la sociedad. Después de esto sentó su tienda junto al Verbo de Dios, y de lo alto de las colinas de la eternidad arrojó sobre el mundo una palabra de verdad y de vida; levantó en medio de los siglos la inmensa pirámide de esa ciencia del cristianismo cuya base descansa en la tierra y cuya cúspide se oculta en el cielo; escribió la *Suma teológica*, y en ella y con ella, el testamento de alianza sempiterno entre la razón humana y la razón divina, entre la ciencia y la religión. La obra estaba acabada, y Tomás podía dormir en paz. Sobre su sepulcro se agolparon por espacio de cien años los pueblos y las Universidades del mundo cristiano para disputarse sus huesos, que descansaron por fin en el seno de sus hermanos. Solo faltaba á este hombre una gloria, y Dios le concedió esta gloria. Todo lo que es verdaderamente grande, todo lo que lleva en sí la señal divina está destinado á sufrir la prueba del combate y el odio del mundo. Apenas santo Tomás había descendido al sepulcro, cuando la envidia intentó empañar con su hálito ponzoñoso el brillo de su nombre y de su doctrina.

La Europa presenció entonces un espectáculo sublime: vióse á un anciano de cabeza encanecida llamar á las puertas de la Universidad de París, la primera entonces del mundo, convocar á sus profesores y estudiantes y desafiar á los detractores de Tomás, cuya causa se ofrecía á sostener. ¿Sabeis el nombre de aquel anciano venerable, en cuya presencia enmudecieron los detractores de Tomás? Era Alberto Magno, que, á la edad de ochenta años, había salido de la antigua ciudad de Agripina para defender el nombre y la doctrina de su antiguo discípulo.

Nada os he dicho del concierto de alabanzas que han prodigado al doctor de Aquino los grandes hombres contemporáneos suyos y los grandes hombres venidos después, y los doctores, y los Concilios, y los Papas y la Iglesia Universal. No es fácil reducir á estrechos límites la inmensidad del Océano. Tampoco me ha sido posible, desde el punto de vista en que me he colocado, descender á la narración de su santidad y sus virtudes. ¿Queréis saber algo de esa santidad y esas virtudes? La religión tiene una palabra misteriosa que las resume todas: es la palabra del amor de Dios, porque el amor de Dios es el principio, el medio y el fin de la santidad cristiana.

Pues bien, escuchad: ese hombre, de cuyos labios estuviera pendiente toda la tierra, ese hombre que, para usar el lenguaje de la Escritura, había disputado de todo, desde el cedro que se levanta en el Líbano hasta el hisopo que nace en la pared; ese hombre, que había recorrido todas las esferas de la verdad, desde el murmullo que produce en el átomo hasta la armonía que produce en los labios de Dios, un día se sentó solitario á los pies de un Crucifijo, y de su corazón abrasado por la llama del amor divino, salieron los acentos mas puros, mas santos y mas sublimes para cantar las glorias del sacramento del amor. ¿Quién no ha sentido su alma dulcemente conmovida al escuchar ese *Lauda Sion* admirable y los graves acentos de esos himnos con que el corazón amante de Tomás saludó entonces al Dios escondido en el grande Sacramento? Al escuchar sus santas efusiones y sus llantos de amor, al escuchar sus gemidos sobre el destierro de esta vida y sus tendencias impetuosas hacia la patria celestial, se recuerda involuntariamente á los cautivos de Israel cuando, sentados á la sombra de los sauces de los rios de Babilonia, tristes, recordaban la patria de Sion y entonaban llorosos las canciones de la patria.

Busquemos también nosotros ese amor santo de Dios; no olvidemos nunca que esa caridad inefable, que «no ha nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino del mismo Dios,» pesa mas en el peso del santuario que toda la ciencia del siglo. Solo con ella y por ella podemos llegar á la imitación perfecta del doctor de Aquino: solo con ella y por ella podemos llegar á la patria de los santos.»

Así termina su discurso el ilustre orador y filósofo dominico, y así terminaremos nosotros nuestro estudio, buscando en el amor de Dios la fuente de toda vida, y sin duda la verdadera causa de la profundidad, elevación y grandeza del padre Ceferino, origen de sus virtudes y su ciencia; que si dejamos las primeras correr tranquilas bajo el impenetrable velo de la humildad y la modestia, proclamamos altamente la última, para bien de la religión, de la filosofía y de la patria, en cuyos gloriosos anales inscribirá su nombre al lado de Suarez, Soto y Melchor Cano, el filósofo español tomista fray Ceferino Gonzalez.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

### Paris pintoresco.

#### EL COMERCIO DE LOS MATERIALES DE LAS DEMOLICIONES.

Todo el que pasa por el boulevard Mazas, entre la calle Beccaria y el cuartel, observa unos grupos de hombres que hablan el mas puro idioma del Puy-du-Dome y del Cantal, y cada uno de ellos tiene un metro en la mano.

El que sigue á esos hombres, puede entrar con ellos en los inmensos cercados que se extienden á lo largo del boulevard, sobre una fachada de 400 metros, donde se hallan aglomerados toda clase de materiales procedentes de las demoliciones.

A la entrada hay un rótulo que dice así:

#### EMPRESARIO DE DEMOLICIONES.

#### VENTA DE MATERIALES.

Hé aquí el gran cementerio de los expropiados, el punto de reunión de todos los edificios demolidos, el cuartel general de los traficantes del barrio de San Antonio.

Es la *Halle aux demolitions*.

Forman la cerca los materiales mas variados, como puertas, paredes de casas de madera, rótulos de carnicerías y de tabernas, empalizadas de jardín, etc., etc.

Grandes construcciones de tablas con aberturas que hacen oficio de ventanas, contienen los artículos que deben estar al abrigo de la intemperie.

En este enorme bazar se encuentran los restos de las casas que han desaparecido, los vestigios del París demolido.

Hay de todo: armarios, suelos, hornillos, estufas, persianas, postigos, balcones, compartimientos de pesbres, losas de pavimento, piedras de sillería, tejas,

pizarras, artesas, capiteles, mostradores, verjas, jaulas, puertas-vidrieras y chimeneas.

En el sitio destinado á la ferretería, se ven llaves, cerraduras, campanas, calderas, peroles, rails, bombas, cadenas, placas de fundición, receptáculos de zinc, tubos, barras, canales y mil desperdicios de metal.

El que quiere edificar puede surtirse allí de madera, piedra, ladrillo, hierro y cristales.

No hay mas que pedir: aquí tenemos espejos enteros ó rajados, marcos sin cuadro, cuadros sin marco, relojes sin máquina, estatuas sin brazos, bustos sin nariz, cajones sin cómodas, cómodas sin cajones, y una multitud de utensilios incomparable.

Y además, hay también aparte objetos casi nuevos, restos del lujo de un día...

Todas estas cosas tienen su historia interesante ó terrible.

Hay todo un drama en esa puerta cuyas esculturas desaparecen bajo el polvo... en ese balcon mohoso y que ha visto por lo menos siete ú ocho revoluciones, en esos postigos desvencijados, en esa antigua alcobita de madera, que ha visto nacer y morir ocho generaciones.

Todo eso ha caído en la fosa común.

Espectáculo burlesco y lamentable presentan á la vez esas puertas que se abren en el vacío, esas cornisas que no están en su puesto, esas fuentes sin agua, esas escaleras que se lanzan en espiral y no conducen á ninguna parte...

Por la noche, á la luz de la luna, y cuando el viento Norte sopla en los almacenes, todo eso debe tomar un aspecto fantástico.

Y á cada instante tropieza uno con los traficantes midiendo la altura de una puerta cochera, la anchura de una ventana, el largo de una escalera de caracol...

Aquí vienen los parisienses económicos que se fabrican una casa de campo.

Esa verja de jardín va á salir para Asnières, esa escalera para Nanterre.

Los pobres materiales, que quizás se imaginaban que ya habían cumplido su misión en el mundo, van á continuar sus servicios en otra parte.

Durante el sitio, cuando teníamos 15 grados de frío y faltaba combustible en la plaza, ¡qué de gentes fueron á buscar provisiones en esos almacenes!

Hubo privilegiados que en aquella triste época quemaron pedazos de edificios públicos en su hogar, ruinas del viejo París, recuerdos históricos...

En otros tiempos París recorría las provincias para abastecerse con las ruinas que hacía la banda negra.

Hoy la provincia acude á París para regatear y llevarse los relieves de los barrios de la capital.

El tipo de este traficante encarnizado es el auverniano.

El auverniano, cuando no es aguador, ni carbonero, ni castañero, ni ministro, es seguramente traficante en hierro viejo.

Así sucede que él es quien domina y quien hace la cotización en la *Halle aux demolitions*.

Compra los entarimados por metros, las escaleras por escalones, las cacerolas de cobre y de fundición al peso, los objetos menudos al montón.

Cuando aparece en su boca una silenciosa sonrisa, es que acaba de hacer un buen negocio, es que acaba de comprar por 150 por 100 menos de su valor un lote de materiales cuya colocación tiene ya en la idea, por supuesto, con una bonita ganancia.

Ese día no vacilará en pagar su escote en la taberna.

De tiempo en tiempo suelo yo pasearme por esos sitios, y suelo ver cosas que me hacen reflexionar.

Días pasados contemplaba una porción de piedras puestas en fila como los dolmen y los menhir de Bretona, y de repente se fijó mi atención en un fragmento de frontón cincelado, sobre el cual brillaba una letra mayúscula, una N dorada.

A su lado había gruesas piedras ennegrecidas y barras de hierro retorcidas como por el fuego...

Otra vez hablé con un anciano, que parecía contemplar con gran interés algunos restos de materiales.

A sus ojos asomaban lágrimas.

Observando que le miraba, me señaló con el dedo un espejo y una puerta.

Me acerqué, y lei en la puerta estas palabras, trazadas con un cuchillo: *Estoy en casa de la vecina de abajo*.

Y en el espejo ví grabados con un diamante dos corazones inflamados sobre un furgon, con dos cañones en cruz.

Mi hombre me asió del brazo, y me dijo con voz conmovida:

— Hace treinta años era yo artillero, y ella era costurera en la calle del Vieux-Colombier. Su cuartito desapareció en la rectificación de la calle. He venido aquí á hacer un negocio, y encuentro su puerta y su espejo... Voy á comprarlos.

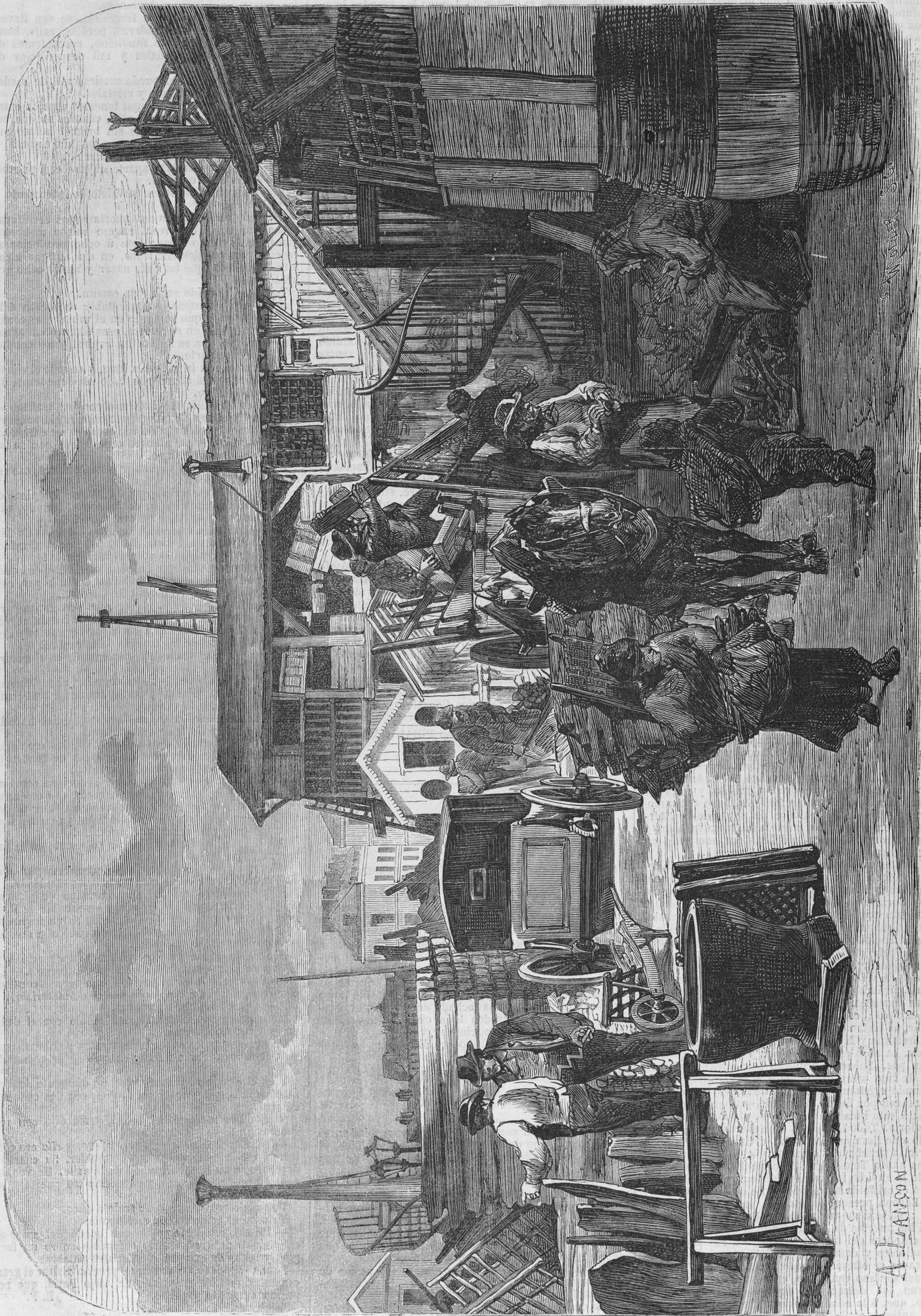
Y se alejó rejuvenecido de treinta años.

Yo miré al artillero con melancolía.

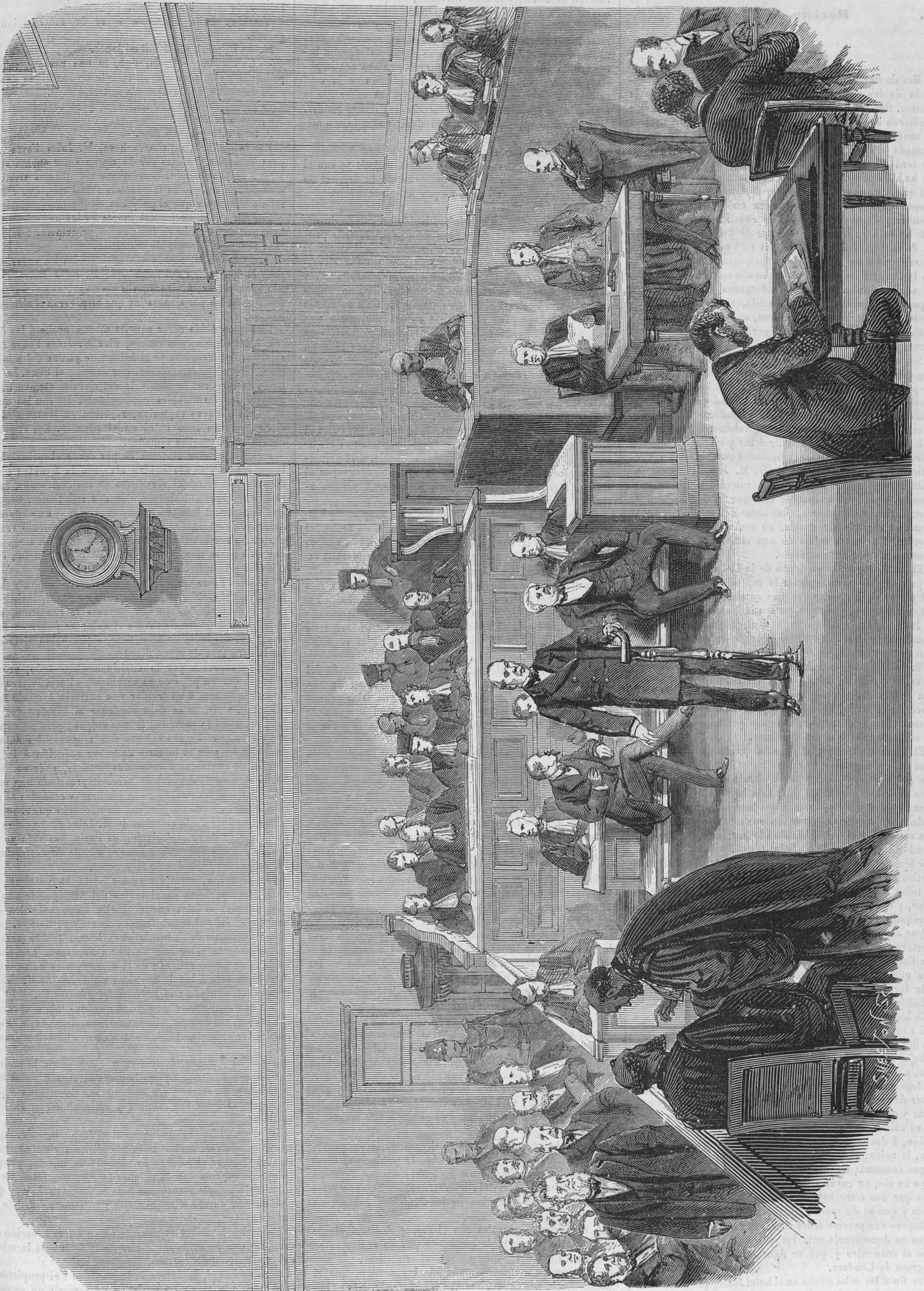
— Hé ahí, me decía yo, lo que queda del amor al cabo de treinta años: dos corazones sobre un furgon, y faltas de ortografía en cuatro palabras.

Para ver todas esas cosas, es preciso visitar el gran cementerio de los materiales del viejo París, que representa nuestro grabado.

E. F.



PARIS PINTORESCO. — El comercio de los materiales de las demoliciones.



TRIBUNAL DE ASSISES DEL SENA. — Una audiencia de la causa Trochu. (Véase la *Revista de Paris* del número 1063).

## Revista de Paris.

Mas de una vez en estos últimos tiempos nos hemos ocupado de las publicaciones relativas á los sucesos de la guerra. Su abundancia fué tal en los primeros días que siguieron á tan memorables acontecimientos, que parecía el asunto agotado y la pluma de los escritores parisienses cansada ya de girar en aquel funesto círculo. No es así en verdad; y si hemos callado durante algunas semanas, no ha sido porque faltara de esta materia. No hay general que haya combatido, no hay diplomático que haya desempeñado una mision cualquiera en aquel período, ni hombre político mezclado en las cuestiones de la guerra, que no se haya impuesto el deber de dar cuenta al público de su conducta en los campos de batalla, en las córtex extranjeras ó en las diferentes peripecias porque ha pasado la Francia en el período á que nos referimos. Si á esto se añaden los innumerables volúmenes y folletos que la especulacion editorial ha producido, resulta una aglomeracion de materiales tan copiosa, que el crítico mas decidido á cumplir con su obligacion retrocede ante la tarea.

Sin embargo, si es cierto que seria punto menos que imposible dar á conocer el conjunto de esa enorme masa de publicaciones, la mayor parte de ellas interesantes, no vacilamos en decirlo, no es menos verdad que las hay tan sumamente notables, que no deben pasarse en silencio. A este número pertenece el nuevo volumen de la obra de Jules Favre, que acaba de salir á luz y que contiene una extensa historia de las negociaciones entabladas en Versalles para la rendicion de Paris. M. Jules Favre ha escrito todo este capítulo, del que vamos á tratar en esta crónica, con aquella emocion con que trazó el cuadro de la entrevista de Ferrières, dias antes del asedio: es en la forma un capítulo de novela, en tanto que en su fondo aparece el doloroso relato de una situacion angustiosa y desesperada por todo extremo.

El 23 de enero, el gobierno de la Defensa nacional dió el primer paso para negociar la capitulacion, rodeándose del mayor sigilo, porque apenas estaba vencido el motin del dia anterior, y porque los sentimientos de la mayoría de los hombres armados eran declaradamente hostiles á semejante proyecto, sin haber apurado antes todos los medios de resistencia.

M. Jules Favre, completamente autorizado por sus colegas, escribió un billete á M. de Bismark, solicitando una entrevista, sin explicarle el motivo, y el 24, á las cinco de la tarde, el oficial parlamentario llegó con la contestacion del canciller, diciendo que le esperaba aquella misma noche ó al dia siguiente.

El ministro francés se puso al punto en camino, hé aquí en qué situacion de ánimo:

« A las seis estábamos en el puente de Sèvres, y despues de haber pasado un gran rato bajo un cobertizo agujereado por las balas, tomábamos una barquilla que adelantaba trabajosamente por en medio de los hielos que aun arrastraba el Sena, alumbrado por los siniestros resplandores del incendio de Saint-Cloud.

» Sin duda me hallaba yo predispuerto á sentir con particular amargura el horror de semejante escena; pero de todos modos, era muy propia para llenar mi alma de dolor, y con gozo habria visto que se hundia nuestro ligero esquife, cuando M. d'Herisson (el oficial parlamentario) se ocupaba en vaciar el agua que penetraba por las aberturas que hicieron en el barco las balas prusianas.

» Colocado casi á flor de agua, de aquella agua sombría que me parecia mezclada de sangre, teniendo á la vista las negras siluetas de los edificios que arrojaban torbellinos de fuego y de humo, me ví un instante anonadado bajo el peso de la carga que habia aceptado, y me creí á punto de sucumbir.

« Sin que Paris lo supiera habíame yo constituido en su embajador, el embajador de la gran ciudad de que me alejaba, y cuya masa envuelta en tinieblas solo percibia por los fogonazos y las detonaciones de sus murallas: iba á tratar de proteger á Paris contra una catástrofe sin precedente y que no sospechaba; estaba bien seguro de atraerme su cólera y su odio, y como preliminar de mi cruel mision, á dos pasos de su recinto, encontraba la devastacion, la ruina, el incendio, y á la claridad de una hoguera que consumia uno de sus mas ricos arrabales atravesaba yo su rio, en cuya orilla opuesta me esperaba el enemigo que nos estrechaba el dogal hacia cerca de cinco meses y que se disponia á aniquilarnos. »

Empero era preciso tener firmeza, y Jules Favre se esfuerza en demostrarla ante los oficiales alemanes que le salen al encuentro y que se figuran que se encamina al Congreso de Lóndres.

Por fin á las ocho estaba en el hotel Jessé, que M. de Bismark ocupaba en Versalles, en la calle de Provence, é inmediatamente tuvo efecto la primera entrevista.

M. Jules Favre comenzó por pintar al canciller la situacion de Paris, y lo hizo diciendo, lo que era verdad, que al cabo de cuatro meses de sitio, de padecimientos y de privaciones, la poblacion, lejos de estar desanimada, estaba mas exaltada que nunca y decidida á resistir hasta el último extremo. La prueba era que el general Trochu habia tenido que hacer dimision porque pensaba era imposible atacar; que era de temer una explosion en la cual se derramaria mucha sangre, y que deseaba saber cuáles serian las condiciones de la Alemania si Paris se rendia, pues siendo aceptables, podrian producir una solucion menos sangrienta.

El conde de Bismark contestó:

— Llegais muy tarde, porque hemos tratado ya con el emperador, en razon á que el gobierno de la defensa no puede tratar sino por Paris, no por toda la Francia.

Y el conde añadió:

— Vosotros mismos habeis producido un estado de cosas que era muy fácil de prever y que habria sido prudente evitar. El error ha estado en creer que despues de la capitulacion de Sedan se podian crear nuevos ejércitos: los vuestros estaban completamente destruidos, y sea cual fuere el patriotismo de una nacion, no puede improvisar ejércitos. Si bastara poner un fusil en manos de un ciudadano para convertirle en soldado, seria una insigne locura gastar lo mejor de la fortuna pública en formar y mantener ejércitos permanentes. Ahora bien, en esto reside la verdadera superioridad, y por haberla desconocido os encontrais en la actual situacion. Os habeis honrado mucho con una resistencia que de antemano sabia yo que seria inútil, y que no es otra cosa que un acto de amor propio nacional. Ahora estamos decididos á terminar la guerra, y queremos buscar para ello el medio mas seguro. Tres son las combinaciones: el emperador, el príncipe imperial con una regencia, ó el príncipe Napoleon. Tambien tenemos la idea de congregar al Cuerpo legislativo, que representa el gobierno parlamentario.

Como es de suponer, M. Jules Favre se sorprendió hasta lo sumo de que M. de Bismark pensara en reanudar relaciones con la familia imperial, y dijo que la impopularidad que la rechaza es tan grande, que consideraba como una quimera la hipótesis de su regreso.

La discusion fué larga sobre esta cuestion de las tres combinaciones; pero en suma, M. Jules Favre hubo de conocer, aunque no lo diga en su obra, que los proyectos de restauracion imperialista no eran mas que un arma de que se servia M. de Bismark para intimidar al negociador de la República.

Los puntos esenciales que formuló el comisionado del gobierno fueron estos: armisticio, convocacion de una Asamblea, negativa de dejar entrar en Paris á los prusianos, la guarnicion prisionera en la ciudad despues de entregar las armas, y conservacion de la guardia nacional armada.

Graves y complicadas fueron las discusiones sobre cada uno de estos puntos, y principalmente sobre la entrada en Paris de los prusianos.

El canciller decia:

— ¿Cómo quereis que hagamos aceptar á nuestras tropas una cláusula que les privaria de uno de los mas preciados frutos de su victoria? Hace cinco meses que sitian á Paris; les hemos dicho que Paris seria la recompensa de sus fatigas, de sus combates y miserias, ¿y cuando llegan al fin de sus esfuerzos frustraríamos sus esperanzas?... Y la Alemania, ¿qué diria si renunciásemos á tomar posesion de nuestra conquista? Respetuosa con su augusto soberano, nos acusaria de debilidad y de sentimentalismo. Ya nos ha echado en cara nuestra blandura, y nos llenaria de anatemas si quitásemos á su ejército el honor de atravesar vuestro recinto. Suponed vuestros soldados en las puertas de Berlin: ningun poder en el mundo les impediria hacer una entrada triunfal. No creais que hemos olvidado las lecciones de la historia.

M. Jules Favre, sin reconocer la exactitud de estas aserciones, no quiso, sin embargo, refutarlas, vista la situacion en que se hallaba; pero insistió de tal manera en que los prusianos no habian de entrar en Paris, que hizo depender de este punto el resultado de las negociaciones.

— Probaremos otra vez la suerte de las armas, dijo á M. de Bismark; y si salimos vencidos, el ejército alemán entrará á dar guarnicion y se encargará de mantener el órden.

Sobre esto expuso todos los peligros de la ocupacion que el canciller pedia; y con efecto, la poblacion, diezmada por los padecimientos y las enfermedades, expuesta hacia un mes á un terrible bombardeo, podia entregarse á excesos de desesperacion de incalculables consecuencias.

M. de Bismark consultó con el rey, y al dia siguiente volvió con la respuesta de que las tropas no entrarían en Paris; pero que seria solo durante el armisticio.

— No puedo aseguráros, añadió el canciller, que si concluimos la paz renunciaremos á la entrada. Nos es imposible concederos mas; esta concesion nos cuesta muchísimo, y os pido encarecidamente que la acepteis.

El primer golpe estaba evitado; despues, cuando las tropas alemanas entraron en Paris y ocuparon los Campos Elíseos, la situacion era otra.

Tambien hubo discusion sobre la contribucion de guerra.

M. de Bismark pidió mil millones.

— La ciudad de Paris, dijo, es una persona sobrado poderosa y rica para que su rescate no sea digno de ella.

El gobierno de la Defensa autorizó á M. Jules Favre para prometer hasta 500 millones; pero se transigió por 200, como es sabido.

A todo esto pasaban dias.

Por la mañana, á primera hora, M. Jules Favre salia para Versalles, y volvia por la noche á dar cuenta al gobierno de lo sucedido. Entre tanto los últimos víveres se agotaban, y se agitaba la poblacion de Paris, que comenzaba á sospechar que el gobierno estaba en negociaciones.

Por fin en la noche del juéves 26 los negociadores se hallaban de acuerdo en los puntos principales: solo faltaba redactar el convenio definitivo.

M. de Bismark, viendo tan adelantadas las cosas, propuso la suspension del fuego, que M. Jules Favre aceptó con gran placer, pidiendo, sin embargo, como un favor, que fuesen los parisienses los que dispararan el último cañonazo.

El tiroteo debia cesar aquella misma noche á las doce.

« A las doce menos cuarto, dice M. Jules Fabre en su relacion, me asomaba yo al balcon de piedra del ministerio de Negocios extranjeros, que domina el Sena. La artilleria de nuestros fuertes y la del ejército alemán hacian resonar sus formidables detonaciones. Dieron las doce: se oyó la postrera explosion, repetida en lontananza por el eco, y luego todo entró en el silencio. Era el primer reposo hacia muchas semanas.

» Era el primer sintoma de paz desde el principio de la guerra en que nos habian arrojado la fatuidad de un déspota y el criminal servilismo de sus cortesanos. Largo rato permanecí allí abismado en mis reflexiones. Creia yo que la matanza humana estaba concluida, y no obstante el dolor que embargaba mi alma este pensamiento era un alivio. No recelaba que detrás de aquel telon sangriento que caia sobre nuestros desastres se ocultaban aun calamidades y humillaciones bien deplorables. »

M. Jules Favre termina este interesante capítulo de su *Historia del Gobierno de la Defensa nacional*, insistiendo en la necesidad absoluta que imponia la rendicion, pues el 28 de enero, cuando tuvo « el dolor de poner su firma al pié del convenio de armisticio, » ¡no habia víveres en Paris para mas de cinco dias!

Razon suprema por lo cual lo arriesgó todo, prometiéndose que en pago de su sacrificio, « Paris le arrojaría de su seno como á un traidor y le enviaria á morir en el destierro. » Mucho se debe perdonar al hombre que tan bien reconoce la gravedad de sus culpas; pero no es menos cierto que él y sus colegas son responsables ante la posteridad y ante la historia de haber seducido á la poblacion de Paris con mentidas esperanzas, y de no haber hecho otra cosa, despues de haber improvisado una magnífica defensa, que esperar con los brazos cruzados el momento fatal en que no quedaba otro recurso que rendirse.

Este análisis de la relacion de M. Jules Favre sobre los preliminares de la capitulacion de Paris, nos deja un reducido espacio para echar nuestra ojeada de costumbre á las novedades teatrales de la semana.

Sin embargo, no aplazaremos hasta la próxima revista, la reaparicion en el teatro del Ambigu, de uno de esos grandes artistas que descuella entre todos los que han dado brillo al teatro francés de nuestro tiempo.

Rara vez en estos últimos años hemos tenido ocasion de ver al gran actor que se llama Frederick Lemaitre: hasta le creíamos retirado de la escena; pero hé aquí que de repente sale á luz de nuevo en un drama de M. Frantz Beauvallet, titulado: *el Portero del número 15*.

Del drama diremos muy poco: es una obra absurda, sin accion, sin interés, sin situaciones, sin nada de lo que puede dar vida y movimiento á una combinacion dramática.

Así lo ha juzgado el público y así lo juzga la prensa, por unanimidad; pero ¿qué importa la obra si no se trata mas que de volver á ver en la escena al eminente actor, á esa personalidad tan original y extraordinaria, cual no existe otra?

La vejez no ha extinguido en él el fuego sagrado. Apenas le queda voz, apenas le queda aliento; y no obstante su accion sobre el público es siempre la misma, porque lo que no expresa con la palabra lo dice mímicamente, y sobre todo porque siente con toda la vehemencia con que podia sentir en sus años juveniles: su alma de artista es siempre jóven.

Frederick Lemaitre representa en su nueva creacion un marqués que ha caido de lo alto de la fortuna á la miserable condicion de portero.

Pero aun aquí, la desgracia le persigue: el propietario le arroja de la casa y el paria se va á morir no se sabe adónde.

Es de ver la escena en que recoge sus muebles, sus

utensilios, sus recuerdos de los tiempos prósperos y los amontonados en el carrito de la mudanza, acompañando su tarea con reflexiones filosóficas. Este cuadro nos hace retroceder quince años, cuando el mismo actor, personificando un trapero, uno de los papeles en que no ha tenido rival, sacaba del cesto el producto de su cosecha nocturna en los albañales parisienses. ¡Qué no salía de aquel cesto célebre! Los pedazos de encaje impregnados todavía con los aristocráticos perfumes de Guerlain, andaban revueltos con los objetos mas incoherentes, cosas sin nombre, ó con nombres que no se escriben ni se dicen, y que Frederick hacia comprender con una mirada, con un gesto. Hasta fragmentos de tronos y de coronas rodaban en aquel montón de objetos informes. Frederick es absolutamente el mismo en la escena de la mudanza; y cuando despues de haber llenado su vehículo, se pone en marcha con el corazón partido de dolor, porque abandona la vivienda en donde contaba acabar sus días, se eleva verdaderamente á una inmensa altura en las esferas del arte. El *Portero del número 15*, se contará quizás como la primera de las creaciones que inmortalizan el nombre de Frederick en los anales del teatro.

MARIANO URRABIETA.

### Historia de dos bofetones.

1839-1869.

PRIMERA PARTE.

De la iglesia de San Sebastian de Madrid salía á la calle de las Huertas, un día de Pascua de Pentecostés, hará siglo y medio con poca diferencia, un mendigo tan andrajoso como sucio y colorado, con un ojo y un pié no mas, dos jorobas no menos, un par de muletas, muchos remiendos en la ropa é infinitas marrullerías de trapos adentro. Bajaba resueltamente la calle, harto desigual y barrancosa entonces, avanzando seis piés burgaleses de cada tranco y deteniéndose alguna vez á excitar la conmiseración de los fieles que subían á la parroquia, hiriendo sus oídos con mil estudiadas fórmulas de pordiosear, articuladas con voz aguardentosa y aguda. Brincando y pidiendo, bendiciendo á unos, renegando á otros y estorbando á todo el mundo, llegó á las últimas casas de una calle vecina al Prado, y se paró delante de una de buena apariencia, como recién construida, limpio aun el desnudo ladrillo de la fachada, blanco todavía el pino del ventanaje, sin haberse empezado á tomar de orin las anchas cabezas de los cien clavos que empedraban la puerta, y acabada de esculpir en el dintel la siguiente inscripción, que trasladamos al pié de la letra y que (no tomando en cuenta la division absurda de las palabras), parece querer decir: « Resucitó al tercer día, año mil seiscientos, María, Jesús, José, ochenta y ocho. »

RESUR REX IT TERTIA DIE  
AN 16 MAR. HIS. IPH. 88.

(Entre paréntesis, esta fecha de la resurrección del Señor, debe corresponder á una era no conocida, pues ni se aviene con los años que se cuentan desde la creación del mundo, ni con la época del diluvio, ni con la era española del César, ni con la era vulgar cristiana). Llegado, pues, el desastroso pordiosero frente á la casa nueva, y esforzando la robusta voz de que estaba dotado, comenzó á demandar limosna, pasando lista á todos los santos del calendario, sin parar hasta que se oyó un suave ceceo detrás de las espesas celosías de una reja, correspondiente á la casa flamante que observaba el cojo, el cual, oído el reclamo, atravesó de un brinco la calle, echó un papel y tomó otro por debajo de la celosía, recogió por delante de ella unas monedas, soltó un « El Señor la corone de gloria, » y emparejó calle arriba, listo como un cohete, clamando á grito pelado: « Por la invención de San Esteban, hermanitos, una caridad á este pobre lisiado. »

Pocos momentos despues los postigos de aquellas rejas se cerraron con estrépito, se oyeron voces de mujeres, unas humildes como de quien pide silencio, y otras imperiosas como de quien manda obediencia; y al cabo de un rato se abrió la puerta y salieron dos damas, limpia y honestamente vestidas, pero sin paje, ni dueña, ni rodrigon, ni criada. Cubiertas con sus mantos, no era fácil adivinar su clase por lo señorial ó ordinario del rostro; el hábito del Cármen que llevaban convenía á la rica lo mismo que á la pobre, á la tendera como á la titulada; pero el rosario devanado á la mano izquierda de cada una de las dos tapadas, labrado de filigrana de oro, con medallas preciosas y una cruz sembrada de diamantes, revelaba la riqueza que se encubria en el atavío de la persona. Santiguáronse las dos al atravesar el umbral, y la que

venía detrás dijo á la primera en voz grave y no muy recatada: « Cuidado, Gabriela, con lo que te he pre- » venido: tú ya debes considerarte como casada, » porque el señor don Canuto de la Esparraguera debe » llegar muy pronto á recibir tu mano: basta de » devaneos; que si llego á cogerte otro papelote de » tu ingenioso Gonzalvo, por el siglo de mis padres » que le he de dar ocasion para que en veinte sonetos » encarezca la grana de tus megillas, bien castigadas » con esta mano. » Doña Gabriela respondió con voz tan sumisa y apagada á esta amorosa insinuación en forma de apercebimiento, que solo se le pudo entender la palabra *madre*, tras un suspiro ahogado entre los pliegues del velo. Y con esto la madre y la hija se encaminaron á San Gerónimo, donde tocaban á misa mayor, dejando adivinar el desabrido silencio que una y otra guardaban, la poco airosa celeridad del paso y el violento manejo de los mantos, no muy transparentes y muy cumplidos, que si los hubiesen alzado entonces, hubieran dejado ver dos caritas ajenas de toda consonancia con la festividad del solemne día, que ya hemos dicho era de *Pascua*.

¿Qué habia sido entre tanto del ágil correo con joroba y muletas? El cojo mientras tanto habia ya dado cuenta de su encargo en la lonja de San Sebastian á un caballero muy atildado de bigotes, pero algo raído de ropilla; y mientras el galán, vista la carta de doña Gabriela, iba á su casa y escribía la urgentísima respuesta que su enamorada le pedia, ya el correvidile habia evacuado tres ó cuatro negocios de igual especie, habia visitado media docena de tabernas, y antes que principiase el sermón en San Gerónimo, se hallaba ya á las puertas del convento, aguardando ocasion de cumplir con un nuevo mensaje para Gabriela, encontrándose con ella al salir del templo el numeroso concurso que asistía al santo sacrificio.

Era entonces la iglesia de los padres Gerónimos, inmediata al Prado, que de ella tomaba el nombre, mucho mas concurrida que lo ha sido en estos calamitosos tiempos que hemos alcanzado. En aquella época, hermanando la holganza con la piedad, se iba á misa á San Gerónimo, como si dijéramos: « Por atun y ver al duque, » porque antes ó despues, ó despues y antes, se paseaba el Prado, sitio poco merecedor de su nombre, pero por sus árboles y sus fuentes muy agradable á los vecinos de Madrid. Viniendo por el Prado, ó cruzándolo, se agolpaba muchedumbre de curiosos á las puertas del templo para ver entrar y salir á las hermosas, y aprovechar una sonrisa, una palabra ó cosa de interes mas alto; y agolpábanse por consiguiente allí los que siempre acuden á donde se reune gran gentío: vendedores, ociosos y pediguños. Naranjeras despilfarradas, bollereros sucios, alojeros montañeses, harto mas á propósito para terciar la pica que para portear la garrafa, demandantes para monjas, para frailes, para hospitales, para presos, para una necesidad, para una dote, para mandar pintar un ex-voto, para comprar un silicio, todos se apiñaban á las puertas del convento, y estimulados los unos por sus intereses, los otros por su celo caritativo, disputaban sobre el puesto, lo defendían ó lo usurpaban, tal vez á cachetes; y cuando acababa la función, la gótica puerta vertía prietas oleadas de pueblo, confundiendo en completa anarquía sexos, edades y condiciones, un grito general, compuesto de mil, se elevaba por el aire, y penetrado por las prolongadas naves del lugar santo, parecía, al oír aquel ruido sordo bajo la empinada bóveda, que las venerandas efigies, inmóviles pobladores de altares y nichos, murmuraban entre sí quejas y escandalizadas.

Apenas doña Gabriela y su madre, menguado el ímpetu de la multitud que las habia llevado á gran trecho de la puerta, pudieron caminar por voluntad propia y se detuvieron á reparar el desorden de los mantos y faldas, cuando fueron conocidas de toda la turba postulante, y en un abrir y cerrar de ojos se formó en torno de ellas un triple muro de chilladores. Afamada por su generoso corazón doña Lupercia (que no es justo se ignore el nombre de una mujer bienhechora del prójimo), así acechaban los necesitados su manto de luto y su rosario de filigrana, como una enamorada pescadora la vela del barco de su marinero. Era de ver la grita, el ahinco, el afán con que los pobres acosaban á la madre y á la hija. Un ciego, apisonando con su palo los piés de sus colegas á título de reconocer el terreno, se empeñaba en que le comprase Gabriela un romance de un ajusticiado; otro le ofrecía una jácara á lo divino, donde, sin que la censura se lo tildara, calificaba el autor al pan eucarístico de *pan de perro*, porque servía para cristianos indignos; otro, mas sagaz, le presentaba la historia de los amores del conde de Saldaña, y conseguía ser atendido el primero. Doña Lupercia, mientras tanto, reñía al uno, preguntaba al otro por su mujer, limpiaba la moquita á una muchachita, tiraba á un chicleo por las orejas, y distribuía el bolsillo segun las leyes de la equidad y la justicia. Daba un real de á ocho á un infeliz que, medio escondido entre los demás, apenas se atrevía á implorar un socorro con la mirada de la necesidad y del encogimiento; pero al ver á un ex-trompeta que, apestando á tabaco y zumo de vides, decia con harto mal modo: « Distinga voacé de personas, y acuérdesese; voto á Bruselas! de que ricos y pobres, todos los hijos de Adán somos hermanos, » la discreta señora buscaba el ochavo mas ruin del bolsillo, y entregándoselo al grosero con aire, le replicaba: « Tome, señor soldado, que si todos sus her-

manos le dan otro tanto, millones puede regalar á Su Majestad el señor Don Carlos II. »

Un grupo de damas y caballeros, de cuya alta gerarquía daba testimonio la cuadrilla de sus lacayos poco distante, se acercó en esto á las dos misericordiosas tapadas, cuyos nombres habian oído entre las bendiciones de los desgraciados á quienes socorrían. Abriéronles paso los mendigos, y la madre y la hija se levantaron entonces los velos. La madre contaba ya cuarenta y cinco años, y aun era hermosa; la hija era lo que la madre habia sido á los veinte abriles, una preciosa jóven. Al ver Gabriela entre las damas que llegaban á saludarlas, algunas de sus amigas, asomó á sus labios una sonrisa, graciosa sí, pero insuficiente á disipar cierta nube de tristeza que empañaba su semblante, animado antes y rubicundo, mustio ya y ojoso. Los recién venidos, despues de los comedimientos ordinarios, dirigieron á Gabriela repetidos parabienes de su próximo enlace, que oía ella clavados los ojos en el suelo, no sabemos si de modestia ó de disgusto. Uno de los caballeros que allí se hallaban atormentaba su escasa imaginación buscando hipérbolos y piropos con que encarecer la felicidad de una novia, cuando, en mala hora para ella, descubrió su madre un brazo envuelto en una manga, toda rasgones y zurcidos, que penetrando el corro, buscaba la mano de la confusa niña, la cual, á pesar de su confusión, recibía disimuladamente un papel que procuraba ocultar en el pañuelo. Arrojóse doña Lupercia á su hija con la celeridad del águila, quitóle el billete, miró el sobrescrito, conoció la letra, y dejándose arrebatado de la cólera, violentísima tal vez en algun devoto, levantó furiosa la mano y descargó sobre doña Gabriela el mas recio bofetón que han soportado jamás femeniles megillas. « Se lo habia prometido (perdóneme el Señor el enfado), » decia doña Lupercia, mientras la triste jóven, casi muerta de rubor, se tapaba con el velo para ocultar el llanto. Y despidiéndose apresuradamente de aquellos señores, cogió á su hija del brazo y se la llevó de allí, todavía mas aprisa que habian venido. Los mancebos del corro se rieron de la madre, las doncellas se burlaron de la poca destreza de la hija, las madres dijeron que estaba bien hecho lo que no sabian á punto fijo por qué se habia hecho; y al cabo de cinco minutos en que se habia hablado de salmon, de comedias, de peinados, de Flandes y del gran Turco, ya nadie se acordaba de una cosa tan insignificante como un bofetón dado *coram populo* á una viuda niña casadera.

Y ¿creerán nuestras amables lectoras (á quienes libre Dios de tan duros trances) que la severísima doña Lupercia se contentó con la afrentosa corrección que habia impuesto á la apasionada doncella? Nada de eso; así que llegó á su casa, y antes de quitarse el manto, pidió la llave del cuarto oscuro y encerró en él á su hija, retirándose sin decirle una sola palabra; pero dejándole sobre una mesa una luz, un rosario, sus capitulaciones matrimoniales, y un tratado de agricultura. No hay que pensar que doña Lupercia tomase un libro por otro; el tratado de que hablamos, obra de un religioso sapientísimo, á vuelta de las instrucciones para el cultivo de la zanahoria y la chirivía, contenía excelentes consejos de moral para las jóvenes, llegando á tal punto el esmero y minuciosidad del reverendo autor, que les proscibía lo que debían hacer cuando les aconteciese hallarse á solas con un hombre mal intencionado, y les aconsejaba que al salir de casa mirasen si les colgaba algun hilacho, ó si llevaban malatadas las ligas. La lectura, pues, de algun capítulo de dicha obra, era muy del caso en tal ocasion.

Aquella noche, entre doce y una, penetró con mucho sigilo una criada en la prision de Gabriela y le entregó otro billete de su amante, instruido ya por el cojo del doloroso suceso de la mañana. Gabriela se apoderó con ansia de la pluma y del papel que le traía la subcomisionada del cojo, y de un tiron escribió estas palabras: « Librame del poder de mi madre, Gonzalo mio, porque jamás he de ser esposa de un hombre que aunque honrado, discreto y rico, tiene una cicatriz en la cara, no es capaz de escribir una redondilla y se llama Canuto. » Aquí llegaba, cuando acordándose del bofetón, y temiendo que podría no ser el último, rasgó el papel, y dijo con resolución á la mensajera: « Vete y dí á don Gonzalo que ni me escriba, ni me vea, ni vuelva á pensar en mí en toda su vida. »

Quince días despues, mientras su madre estaba en el jubileo, se halló doña Gabriela en su cuarto al anochechar con el mismo don Gonzalo en persona. « Si-gueme, prorumpió él; todo está dispuesto para la fuga: dineros me faltan, pero arrojo me sobra; viviremos pobres en una aldea, pero felices. » Gabriela seguía maquinalmente á su galán, el cual habia ya pasado el umbral de la puerta, cuando recordando ella el tremendo golpe de la mano materna, recuerdo que llevaba consigo el de la oferta solemne hecha por su madre al caballero de la cicatriz, se paró, retrocedió, y cerrando de pronto el postigo, se quedó la dama dentro y en el portal el desventurado amante.

J. EUGENIO HARZENBUSCH.

(Se concluirá).

**La causa**

DE LOS REPUBLICANOS ALEMANES.

Los debates que acaban de tener lugar en el tribunal de Assises de Leipzig, conmoviendo á toda la Alemania con su eco, son una prueba mas de los progresos que en estos últimos años ha hecho el socialismo internacional.

No entraremos aquí en largos detalles sobre todas las peripecias de esta causa cuya vista ha durado quince días: la acusacion se dirigia mas bien contra tendencias y teorías peligrosas, que contra hechos precisos; y creemos interesar particularmente á nuestros lectores dándoles á conocer los acusados.

El principal de los tres, Liebknecht, miembro del Parlamento alemán, escritor distinguido, nació en 1826 en Giessen (Hesse-Darmstadt). Es hombre casado y padre de cuatro hijos. Comenzó sus estudios en el liceo de Giessen y los concluyó en las universidades de la misma ciudad, de Berlin y de Marburg, habiendo estudiado filología, filosofía y teología para entrar en la carrera litera-



LIEBKNECHT.

de Saint-Simon le hizo socialista y comunista.

En Suiza trabó conocimiento con el famoso demócrata prusiano Hervegh, y concibió con él el plan de una « república libre y alemana. » En 1852, al principio de la « Nueva Era, » (asi llaman en Prusia el corto ministerio liberal del conde Schwerin) pasó á Berlin y fué colaborador del doctor Brass, que habia fundado la *Gaceta general de la Alemania del Norte* sobre una base republicana. En cuanto conoció que era un periódico subvencionado por M. de Bismark, se apresuró á dejarle.

Después de la muerte de Lasalle, el jefe de los socialistas autoritarios, tuvo frecuentes entrevistas con el consejero íntimo Wagener, que es todavia uno de los resortes del gobierno prusiano. La táctica de Wagener consistia en paralizar las tendencias sociales, poniendo á la clase media entre dos espantajos, la reaccion y el socialismo. Invitó á Liebknecht á entrar en el diario oficial de Bismark para representar en él el « republicanismo agudo, » sin otro

ria. Tuvo alguna fortuna; pero las numerosas multas (sin contar los encierros) que le aplicó la justicia, le dejaron tan pobre como Job. En 1848 tomó parte en la insurreccion badense, se refugió en Suiza y tomó la direccion de las sociedades obreras socialistas y comunistas.

Expulsado por ello de Suiza, le dieron á elegir entre Lóndres y América y eligió Lóndres, donde se hizo miembro de la Asociación Comunista, sociedad política sobre la cual leyeron en la audiencia un largo informe de la policía de Gies-sen, del que resulta que la sociedad se proponia sustituir al orden social actual « la preponderancia moral, política y económica del proletariado. »

La sociedad en cuestion se dividió en 1850 en dos fracciones, cada cual con su centro, la una en Colonia y la otra en Lóndres. El nombre de Liebknecht figuró con brillo en la causa de los comunistas de Colonia.

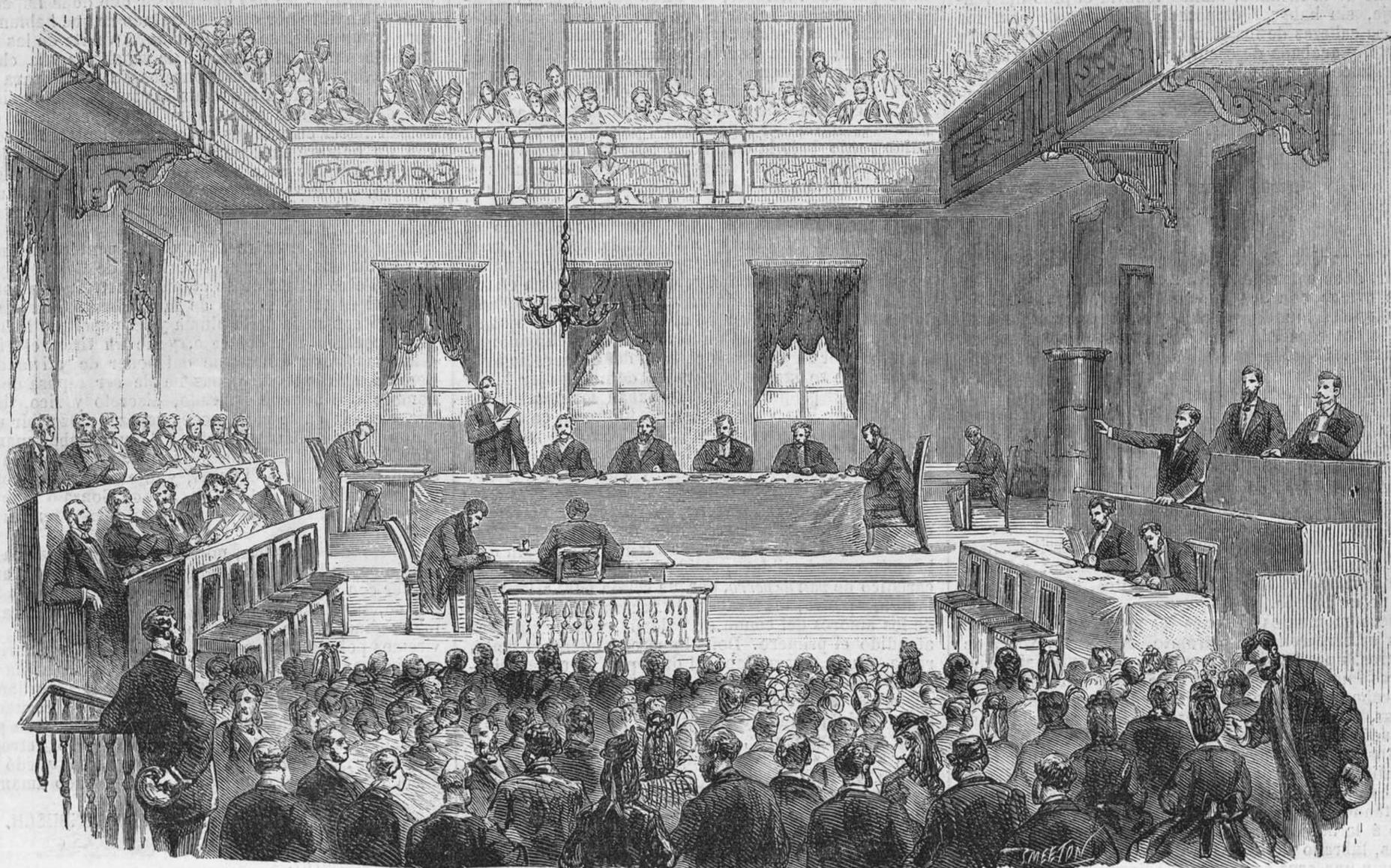
Hace cuatro años que Liebknecht recorre la Alemania arengando á las sociedades obreras, organizando asociaciones socialistas y haciendo cortas apariciones en el Parlamento de Berlin para exponer sus doctrinas en medio de sus colegas horrorizados. El acusado completa estos detalles que presenta el ministerio público, diciendo que en un principio se dedicó á la carrera de oficinista, pero que la lectura de los escritos



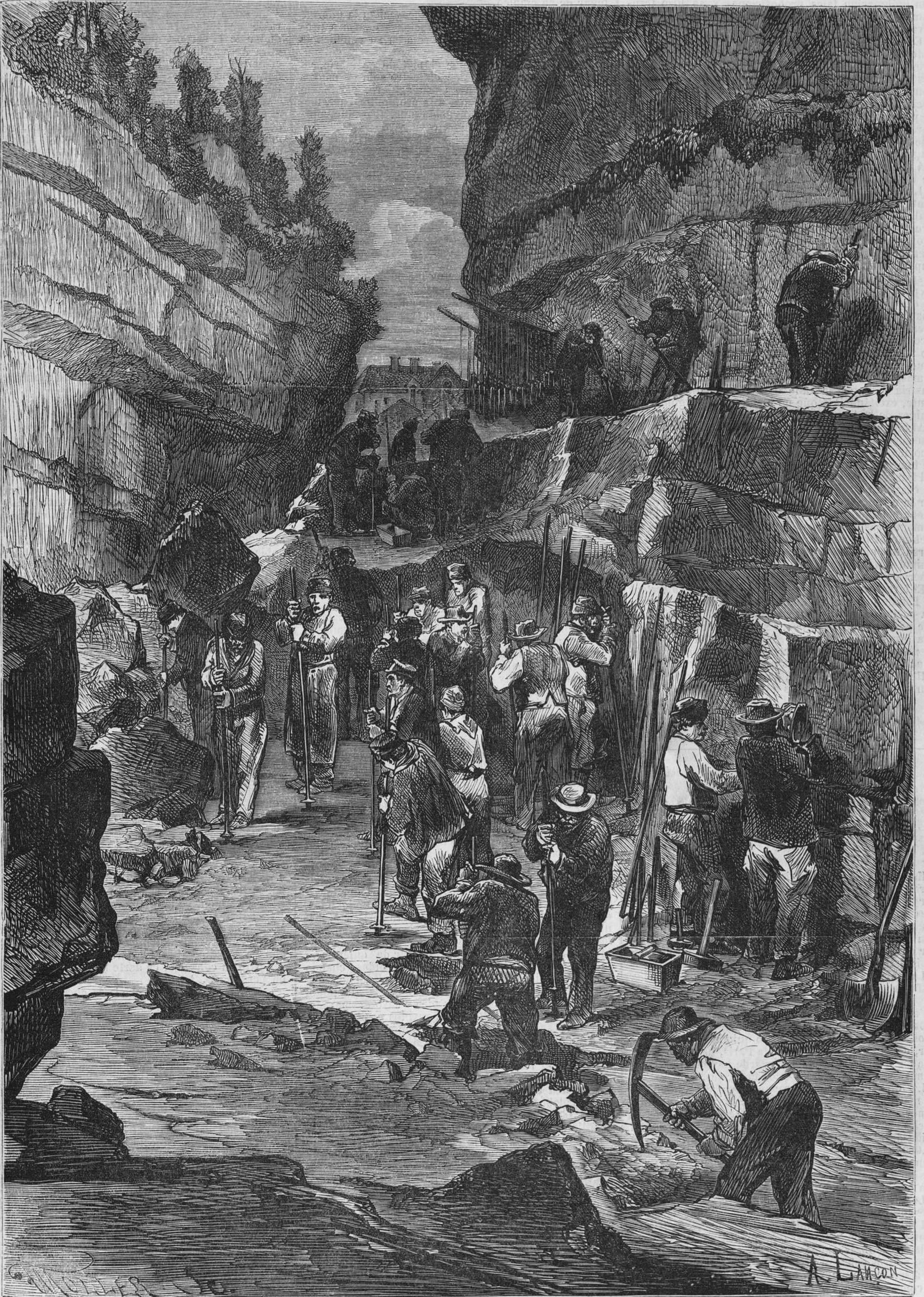
BEBEL.



HEPNER.



TRIBUNAL DE ASSISES DE LEIPZIG. — Causa de los republicanos socialistas alemanes.



OBRAS DE CANALIZACION DE LA PÉRDIDA DEL RÓDANO. — Los mineros de las canteras del Valserine.

fin que el de asustar á los timoratos, pero él rechazó con indignacion tales proposiciones y se hizo francamente, no un conspirador, sino « el soldado de la revolucion social. »

En el curso de su interrogatorio Liebknecht ha debido pronunciarse sobre el famoso Schewitzer, ex-presidente de la Asociacion general de los trabajadores alemanes, ex-baron, pues le quitaron su titulo á consecuencia de una condena infamante, agente provocador y espia asalariado de M. de Bismark, que si se puso al frente del partido socialista en Prusia, fué para sorprender sus secretos y venderlos al gobierno que le pagaba. Por la declaracion de Liebknecht se ha visto de qué instrumentos se servia M. de Bismark y á qué maniobras se prestaba para burlar los planes de los demócratas.

Liebknecht, que ha tomado una parte tan importante en la fundacion del partido democrático y socialista, que ha presidido las reuniones de Eisenach y de Brunswick, confesó francamente que su partido se propone fundar la república; pero negó enérgicamente haber violado en manera alguna las leyes del imperio alemán ó las leyes sajonas. Parece ser que ha desplegado extraordinario ingenio para eludir el código penal. Interpelado sobre un discurso pronunciado en el congreso democrático de Eisenach por un austriaco llamado Mühlwasser, respondió que solo un agente de policia disfrazado habia podido hablar así; y contó que la policia de Brunn y Giskra, el ex-ministro austriaco de entonces, reprobaron la conducta de aquel torpe agente. Y sobre esto añadió: « Por lo demás, la policia cuenta pocos hombres de bien en Austria »; lo que le valió una reprimenda del presidente, excitándole á que no insultara á los gobiernos amigos de la Alemania.

Al lado de Liebknecht figura en el banquillo de los acusados Bebel, otro diputado del Reichstag alemán y corifeo del socialismo. Bebel, de oficio tornero, es un honrado padre de familia, que durante las sesiones del Parlamento, emplea sus horas de ocio en trabajar en casa de un tornero de Berlin. El partido conservador le respeta por sus costumbres laboriosas y por su buena conducta, tanto, que casi le perdonan sus ideas demagógicas. Como no tiene la educacion literaria de Liebknecht ni su facilidad de palabra, se limita en el curso del proceso á reproducir las respuestas de su amigo, ó á declarar sencillamente que se adhiere sin reserva á sus principios.

El tercer procesado, Hepner, redactor del *Volksstaat* (el Estado popular) de Leipzig, órgano de la democracia socialista, es menos conocido, y las acusaciones que pesaban sobre él apenas se fundaban mas que en una complicidad nominal. Su defensa ha consistido en no responder si no es con salidas que hacian reir al auditorio y á veces á los jueces.

Hepner ha sido absuelto, en tanto que los otros dos han sido condenados á dos años de fortaleza.

P. P.

## Las obras de canalizacion

DE LA PÉRDIDA DEL RÓDANO.

Hemos publicado ya varios dibujos (1) relativos á las obras que se ejecutan en las inmediaciones de Bellegarde (Ain) y que tienden á convertir á esta ciudad en un centro industrial, destinado á crecer como creció Mulhouse á fines del siglo último. Las obras comprenden dos empresas colosales, que vamos á dar á conocer en breves términos, pues ya se presentará ocasion de insistir en el asunto detenidamente.

La primera tiene por objetivo la explotacion de los fosfatos naturales existentes en la localidad, industria hoy muy activa; la agricultura francesa, suiza e italiana encontrará en ella un abastecimiento inagotable, en esos sucesores del guano, que se llaman fosfatos, hechos solubles por un tratamiento químico, pues M. Graner, de la Escuela de minas de Paris, ha demostrado que en las cercanías de Bellegarde hay mas de 8 millones de toneladas de fosfatos naturales.

La otra empresa se propone una derivacion de 60 metros cúbicos por segundo de las aguas del Ródano, por un canal-tunel de gran seccion (9 metros de ancho sobre 6 metros 50 de alto), para obtener una caída de 13 á 14 metros y una fuerza hidráulica de 10,000 caballos, transmisible con cables ó con aire comprimido. Ahora se están construyendo dos turbinas de 650 caballos cada una, y probablemente entrarán en juego á fines del verano.

Los dibujos que hemos publicado anteriormente representaban las obras ejecutadas en las inmediaciones del tunel, y nuestra lámina de este número figura las canteras de donde se saca la piedra necesaria para todas esas obras. Como el calcáreo se encuentra aquí á 50 metros sobre el nivel de la construccion en que va á servir, las piedras, en lugar de subir penosamente como en otras canteras, caen por trozos de 100 me-

tros cúbicos del nivel en que se han formado al del lugar de su empleo.

Hé aquí cómo los ingenieros aprovechan la diferencia de nivel debida á las excavaciones enormes producidas en la roca por el Valserine en su confluencia con el Ródano.

Abren en el calcáreo, por el método ordinario, un agujero de 30 milímetros de diámetro sobre 5 metros de profundidad, y vacian en ese agujero, por medio de un tubo de gutta-percha, á la profundidad de 4 metros 50, cierta cantidad de ácido muriático, que, mordiéndolo la peña, produce una cavidad de 70 á 80 centímetros de diámetro. Una vez hecha la cavidad, secan la mina, arrojan en ella 100 kilogramos de pólvora, y pegan fuego. Fácil es comprender qué trozos de piedras puede proyectar semejante fuerza de expansion, cuando la mina está sobre un barranco.

Nos limitamos por hoy á estas breves observaciones, bastándonos recordar que la fuerza motriz del Ródano, será la misma que la que se aprovechó para la importante creacion de Lowell en el Massachussets, el Manchester de los Estados Unidos; y como decia M. Dumas, secretario perpetuo de la Academia de ciencias, no se puede elegir un momento mejor para señalar la existencia de tal ventaja, que aquel en que los jefes de talleres de Alsacia pueden tratar de buscar en Francia localidades favorables para trasportar la industria.

H. V.

## La cueva de Benidoleig.

NOVELA ORIGINAL HISTÓRICA.

(Continuacion. — Véase el número 1,005).

— Práctico en todos los subterráneos de la casa, corrimos primero por estos en busca del cruel Zorbohihc, y no habiéndole podido encontrar, me guió á una escalera excusada muy poco conocida, cuya puerta no nos dejó duda ninguna de su evasión. Próxima su salida á una de las de la ciudad, y fuera del cerco que se habia puesto al edificio, me indicó el camino que debia seguir, y despues de mandar que saliesen en su persecucion, continué el registro guiado siempre por el mismo Arazof. No me será fácil decir las escaleras que bajé, ni los subterráneos que recorri. Llegado á uno muy estrecho, muy húmedo y profundo, levantó Arazof una losa y oímos los ayes lastimeros de un triste, á quien el resplandor parecia haber reanimado el aliento para quejarse. A la voz de Arazof, que le llamó en su lengua, esforzó mas aun sus lamentos; y como fuese preciso bajar á aquella estancia lóbrega y asquerosa, colocó una escalera de cuerda que habia allí á la inmediacion, bajó haciéndose seguir de un soldado, le quitaron los hierros, y atándole al cuerpo unas cuerdas y tirando de ellas, descubrimos un infeliz que no daba mas señales de vida que sus débiles gemidos. Sus vestidos, si podian llamarse así, estaban cubiertos de cieno, y despedian un olor insoportable, como el que salió de la abertura de aquella horrorosa mazmorra; su larga y blanca barba cubria un pecho descarnado; su cuello ofrecia las dolorosas huellas de la cadena enorme que le habia sujetado; sus miembros no parecian tener movimiento ninguno, y sus lánguidos y moribundos ojos, despues de tanta oscuridad, no podian resistir el menor resplandor. Llevado de la viva compasion que logró inspirarme este desgraciado, que parecia mas bien un espectro, me quise informar de quién era; mas apenas mi voz llegó á herir sus oídos, cuando pronunció mi nombre con una viveza y regocijo superiores á su estado, y sacando las fuerzas que pudo, se incorporó, se arrojó á mis piés y cayó desmayado. Yo mandé prodigarle todos los auxilios posibles, y no pudiendo saber entonces ni su nombre ni el motivo de su desgracia, seguí á Arazof á otra mazmorra, á la que entró por una puerta asegurada con pesados cerrojos. El infeliz que yacia allí encerrado, habia padecido mucho menos, era tambien mas joven, y se encontraba con mas fuerzas y agilidad. Deseoso de ver el calabozo en donde Antonio habia estado, pregunté por él á mi guia, me condujo á otro contiguo al último, que se encontraba abierto, lo pude examinar, y vi aun la cesta con el resto del escaso alimento que se le habia dado. Hasta ahora ha llamado nuestra atencion la humanidad; mas cumplidos los deberes urgentes de esta, nos llama á toda prisa la seguridad del estado. Diciendo esto Arazof, me hizo subir la escalera por donde habian conducido poco antes á Antonio, y en vez de guiarme á la bóveda del sepulcro, me llevó á una habitacion baja rodeada de asientos y una mesa en medio con recado de escribir. Allí me dijo que se reunian hacia algun tiempo los principales moros que habian quedado en la ciudad, y que en el cajon de la mesa obraban los planes de una conspiracion que se habia tramado, la cual debia estallar á un tiempo en todos los pueblos conquistados, cuando el rey de Granada, á quien se habia invitado á protegerla, llamase la atencion de los cristianos presen-

tándose en las fronteras con formidable ejército. (1) En seguida, y en atestiguacion de lo dicho, me llevó á un salon largo, en donde hay un repuesto considerable de todas armas; por lo cual, y no pudiendo dudar de la certeza de los hechos que refiere y asegura Arazof, he venido á daros parte, para que procediendo á la averiguacion y castigo de los conspiradores, se evite la explosion de esta mina y sus funestas consecuencias.

Asombrado y atónito quedó el conde de B... al ver el atrevimiento de Zorbohihc y de sus cómplices, que despues de haberles libertado del saqueo, no sin murmuracion y descontento de las tropas sitiadoras, abusaban de la benignidad del rey conquistador para permanecer en sus dominios y minar en ellos el orden y la tranquilidad. Decididos, pues, primeramente á que se diese parte de estas novedades á los cuatro capitanes del ejército cristiano y de su consejo real, á quienes habia encargado el rey la defensa y gobierno del reino, y satisfechos tambien de que el palacio de Zorbohihc estaba custodiado, y á disposicion de uno de los dichos capitanes, que se hallaba de guarnicion en la ciudad, el cual habia prestado el auxilio para sorprender á aquel malvado y libertar á Antonio; volvieron la atencion hácia él y Maria y fijaron el término de su felicidad para la llegada del rey, que enterado ya de antemano, queria presenciar la dicha de su joven protegido. Los ojos de Antonio, cuya languidez parecia realzar su expresion, se fijaron en Maria, como para encarecerla el grado de su felicidad; pero los hermosos párpados de esta le ocultaron los suyos, y el color de sus mejillas acudió á publicar su modestia y confusion.

En aquel momento vinieron á decir á Abuceyt que el anciano que se habia sacado de la cueva, habia recobrado el sentido á beneficio de mil oficiosos cuidados; y que en cuanto habia abierto sus ojos habia preguntado por él, y pedido con instancia que lo llevasen desde luego á su presencia, pues el estado de su salud le ofrecia pocas horas de vida, y queria antes de morir enterarle de su nombre y desgracia.

El lastimoso estado en que habia visto Abuceyt á este infeliz, le habia inspirado una viva compasion; y como las demostraciones que habia hecho al conocerle le habian excitado tambien la curiosidad, se habia aumentado cual era justo su interés hácia él. Así es que preguntó con impaciencia á dónde le habian conducido, y respondiéndole que permanecía en casa de Zorbohihc, se despidió del conde, de su hermana y demás que se hallaban presentes, y se dirigió allá sin detencion ninguna.

Apenas llegó á la habitacion baja, inmediata al jardin, en donde le habian colocado por de pronto, Arazof que se hallaba á su lado y le estaba asistiendo, le indicó su llegada, y él incorporándose y volviéndose á la parte por donde se acercaba:

— Ved aquí, le dijo, el único mortal que se ha compadecido de mí en la desgracia, y á quien debo, despues de la misericordia de Dios, la conservacion de mi existencia. Pero antes de decirnos quién soy, ¿ será posible que tanta impresion haya hecho en mi rostro el infortunio, que no me conozcais?

— No os conozco en verdad, le respondió Abuceyt, y aunque el sonido de vuestra voz me recuerda en este instante una persona... vuestro estado actual, el anhelo de verme y las demostraciones que hicisteis al reconocermé esta noche, no me permiten atribuirlos su perfidia.

— ¡ Su perfidia! ¡ Ah! ¿ Mas sin embargo, no la quereis nombrar?

— ¿ Para qué? La he perdonado de todo corazon, y no hay ninguna probabilidad de que su historia pueda tener con la vuestra la menor relacion.

— Pues bien, yo me llamo... Boardil.

— ¿ Boardil? interrumpo con horror Abuceyt en ademán de irse. No quiero que mi enojo apresure tu muerte. El remordimiento sin duda penetró ya en tu alma, y próximo al sepulcro... todo lo que puedo hacer para tu consuelo, es darte la seguridad de que te he perdonado. Adios.

— Esperad: ¿ os alegraríais de encontrar inocente vuestro primer amigo?

— ¡ Inocente! ¡ ah! es imposible.

— ¿ Imposible? respondió á mi pregunta. ¿ Os alegraríais de reconocer la fidelidad de aquel mismo Boardil en quien depositásteis toda la confianza?

— Te tengo dadas demasiadas pruebas de mi afecto para que lo puedas dudar.

— Escuchadme ahora, pues. La calidad de maestro de la hermosa Abenzarra, cuya instruccion pusisteis enteramente á mi cuidado, me hizo concebir hácia ella aquella especie de afecto paternal que produce en un preceptor el conocimiento de las cualidades interiores de su discipula, el aprovechamiento de sus tareas y la gratitud á sus desvelos. Mi edad, aunque madura, no era tan avanzada que hubiese borrado enteramente las gracias de mi primera juventud, y el resto de estas y la ventajosa opinion que habia formado de mi discipula me habian dado sobre ella un ascendiente demasiado visible. Bien ajeno, sin embargo, de mí el amoroso sentimiento que me atribuyó la calumnia para hacer deducir de él el resentimiento por su enlace con Manzolk y acreditar de este

(1) Aunque hubo una conspiracion de los moros del reino, que tomaron por jefe á Alazarek, no fué por esta época.

(1) Véase nuestro número 1,003.

modo la grosera impostura con que se había resuelto denigrarme. Las observaciones que mi penetración y buen celo me sugirieron contra aquel favorito, dieron también armas á mi contrario, y de este modo se logró mi ruina. Aunque nacido en la secta del islamismo, he tenido siempre horror á la atroz persecución que se hacía á los cristianos, y mirado con una justa admiración su heroica resignación y sufrimiento. Las últimas y crueles ejecuciones que presencié, me exasperaron fuertemente contra los inhumanos verdugos. El ejemplo de aquellos gloriosos campeones de la fe me llegó á edificar, y comencé á sentir los efectos de la gracia, que me llamó, como á vos, á la pila dichosa del bautismo. Fui el primero á descubrir en vos unas disposiciones tan santas, y al tiempo de comunicaros las mias, tuve el gusto de ver que os aprovechábais de ellas. El fanático Manzolk las traslució bien pronto, y llevado de su furor impio, olvidando tantas distinciones y favores, se puso á la cabeza del partido, que logró por fin arrojaros del trono. La experiencia que tenía del mundo, y el estudio que había hecho de los hombres, me facilitaban los medios para descubrir á nuestros comunes enemigos, por mas que se ocultasen con la máscara de una fina amistad. Así no se me escondían las miras traidoras de Manzolk, ni mucho menos las del padre del atroz Zorbohihc, que tantas crueldades despues ha ejercido conmigo. La conducta reservada que por mi consejo observásteis con ambos en el manejo de los negocios públicos, y las precauciones defensivas que tomásteis despues contra ellos, les hizo conocer la importancia de separarnos, y me hicieron mirar como un escollo, en el que se debían estrellar sus proyectos criminales. La conspiración estaba ya formada, y solo le faltaba estallar; pero antes era preciso remover la oposición que tenían de mi parte. Para ello fingieron el deseo de reconciliarse con vos; dieron muchos y repetidos pasos; y despues me pidieron una entrevista con Manzolk y Abenholk, en la que se debían terminar todas las diferencias. Es verdad que estuve muy lejos de creer en ellos estas miras pacíficas, y precisamente en los críticos momentos en que se había extendido, por decirlo así, la base de la conspiración; mas llevado del amor á la paz y del interés hacia vuestra persona, no dudé en ceder á sus ruegos, procurando armarme de la vigilancia necesaria para traslucir sus intenciones. ¡ Ah! yo sospechaba de ellas, pero me quedé muy atrás en el cálculo de su perversidad. No bien había entrado en el gabinete de Abenholk, cuando se arrojaron sobre mi cuatro hombres armados, me arrebataron el alfanje, corrieron á mi casa con esta seña y se apoderaron de todos mis papeles; y descubiertos enteramente nuestros planes de defensa, os atacaron abiertamente y me infamaron á vuestros ojos con la nota de traidor. Mi desaparición, y el no haber figurado despues entre los del partido de Zaen, podía haberlos hecho sospechar; pero la noticia que se os dió de que yo me había alejado con el precio de mi bajeza, confirmó la impostura. No queráis saber ahora mis padecimientos y desgracias, pues mi situación no me permite extenderme sobre ellas. Colocado en una de las dos mazmorras, cuyas puertas están en ese corredor, que no se abría nunca, no saciaba aun la bárbara crueldad de mi opresor, y mandó excavar el último, que situado encima del valladar, no está separado de tan inmundada acequia sino por unas losas y un poco de tierra que la humedad ha convertido en cieno. Por fin, se decretó mi muerte; ese compasivo cristiano logró que le encargasen su ejecución para evitarla, y ha prolongado hasta ahora mi vida con sus cuidados y consuelos: imposibilitado de hablarme con frecuencia para alejar todo recelo, me ha comunicado, cuando ha podido, el estado del sitio y la rendición de la ciudad, y con mil seguridades ha sostenido mi esperanza hasta el día de ayer, pues motivos particulares, que ahora he conocido, se oponían á mi libertad.

En cuanto hubo acabado de hablar Boardil, se arrojó Abuceyt á sus brazos y lo apretó contra su seno; pero el primero se hallaba demasiado débil y agitado; le acometían frecuentes y muy peligrosos desmayos, y encomendándole Abuceyt al cuidado del bueno y compasivo Arazof, fué á dar parte de todo al gobierno. Lo comunicó despues al conde y á su hermana Matilde, y esta rebosando de gozo al saber la inocencia de su maestro, que había sido tambien el objeto de su primer amor, voló en busca de él. Desgraciadamente lo encontró ya cadáver; y se culpó á sí misma de haber retardado la salida de Arazof del servicio de su amo, con lo que se le hubiera libertado mucho antes; se hubiera procedido contra el pérfido Zorbohihc y se hubiera evitado la desgracia de Antonio. Pero ignorante de ello, aunque sabía la perversidad de su enemigo, no podía acusarle sino de una rivalidad odiosa; esperaba la llegada del rey para llevar á efecto el casamiento de Maria, que la debía terminar, y quería entre tanto explorar sus designios por medio de Arazof, para estar á cubierto de sus infames asechanzas.

## XI.

## LA DICHA COLMADA.

la Guena, y reprimida la osadía de los discolos, que prevalidos de su clase, poderío y riquezas, las habían suscitado, (1) se embarcó en una galera de veinte y cinco bancos, de que le había hecho presente la ciudad de Montpellier, y se trasladó á Portvendres, y desde allí á Valencia, en donde hacia algun tiempo que su presencia era ya necesaria.

El espíritu ardoroso y guerrero de los cristianos no había podido contenerse en la inacción; los capitanes encargados de la defensa y gobierno de la ciudad habían convenido en que el célebre Aguilon hiciese algunas correrías en el campo de los moros; y este á la cabeza de una banda de caballos y algunos almugábares había pasado á la orilla derecha del Júcar.

La villa de Rebolledo fué tomada á la fuerza; hizo presas considerables en los lugares próximos; taló campos, robó caseríos y ganados, y la fama de estos sucesos aumentando sus tropas, no tardó en verse á la cabeza de fuerzas imponentes. Los moros tomaron las armas para defenderse primero y para perseguirle despues, y la guerra entre moros y cristianos volvió á encenderse encarnizadamente sin conocimiento del rey.

El número de los primeros puso á los cristianos en apuro; los capitanes que habían quedado en la ciudad salieron á sostenerlos con la mitad de las fuerzas de su ejército; y aumentándose este, y tambien la licencia del robo, entraron en los lugares inmediatos á Játiva, violando las treguas que Su Alteza les había otorgado.

Estos acontecimientos exasperaron á la gente agarena, corrió de tropel á las armas, y los cristianos imposibilitados de discurrir libremente por todas partes, como antes lo hacían, se vieron precisados á buscar un apoyo que les sirviese de refugio si se encontraban acosados por la morisma.

Con este fin determinaron atacar el castillo de Chio, que estaba guarnecido y bien fortificado en el valle de Albayda: lo sitiaron, y maltrataron á algunos moros que salieron de él; pero avisados de que venía en socorro de los sitiados un ejército de mas de veinte mil moros reunidos de los pueblos vecinos, abandonaron los cristianos el sitio y se recogieron á la cumbre de un monte inmediato á Luchente. Los moros que supieron su retirada en la dirección de este pueblo, que se hallaba rodeado de alturas, tomaron, como prácticos en el país, las entradas del valle, y con el cuerpo de su ejército marcharon contra la posición que los cristianos ocupaban.

Mas éstos, que reconocieron su peligro y el número de fuerzas que venían contra ellos, resolvieron salir á encontrarlos. Aguilon, Sanchez Ayerbe, Carroz y las dos Lunas tomaron á Entensa por caudillo; este hizo reseña de su tropa, vió con satisfacción que pasaba de mil soldados, y recordándoles que no eran mas los que con el favor de Dios vencieron á Zaen con cuarenta mil moros en la gloriosa jornada de Enesa, se apercibió á la batalla para el día siguiente.

Se iban con efecto á preparar cristianamente, (2) cuando oyeron el ruido de los tambores y algazara de la morisma; acudió inmediatamente cada jefe á los soldados de su cuartel, y fué tanto el valor que mostraron, y el furor con que los acometieron, que no solo se libertaron, sino que los arrojaron del valle.

Noticiosos los capitanes de la llegada del Conquistador á Valencia, se dispersaron por temor en los reinos de Aragon y Cataluña, y los moros tributarios de los pueblos de Játiva, con quienes el rey había firmado las treguas, acudieron á Su Alteza á quejarse de Aguilon y sus compañeros por las presas y talas que habían hecho en su territorio; y manifestaron que la morisma estaba dispuesta á sublevarse, porque no se la cumplía nada de lo prometido en las treguas. El rey sintió mucho que se hubiese faltado á su real palabra; hizo presentar á Aguilon con un salvoconducto, y le mandó devolver los cautivos y las joyas y preseas que conservaba de semejantes correrías.

Tal era el estado del reino á la llegada de Su Alteza, y tales fueron tambien las medidas que adoptó para reprimir á sus súbditos y hacer respetar sus tratados. Pero volvamos á nuestro héroe, que llevado de su ardiente y puro amor, esperaba con una paciencia indecible la venida del rey, con la cual creyó llegar el término de sus afanes, y ver el colmo de su felicidad.

Indignado Su Alteza por el temerario atrevimiento de Zorbohihc, mandó practicar en su busca las mas eficaces diligencias, y no pudiendo ser habido, procedió á la prisión y castigo de sus cómplices. Asimismo compadecido de los padecimientos de aquel Antonio, cuyo valor le tenía tan prendado, resolvió coronar sus amores uniéndolo á la virtuosa Maria. Esta noticia llenó de regocijo á nuestros apasionados amantes; y si el retardo que ocasionó la pompa con que su union se debía celebrar, les causaba alguna ligera inquietud, no solo era templada por la esperanza, sino que cada uno de los preparativos les procuraba una dicha de mas. Enriquecido Antonio con la parte que le había cabido en el repartimiento de las tierras conquistadas, recibió en dote Maria las riquezas con-

(1) Los del partido de Bonifacio, el cual y sus cómplices principales fueron citados por pregones; no comparecieron, y fueron condenados como traidores, y sus bienes confiscados. Tomo I, pág. 34. Historia del rey D. Jaime.

(2) En esta acción sucedió el portentoso milagro de las Sagradas Formas, que fueron envueltas en los Corporales de Daroca. Historia del rey Don Jaime, tomo II, pág. 44.

fiscadas á su perseguidor, y la añadió el rey magníficos y asombrosos presentes.

Pero no era del gusto de Maria la ostentación de tan ricas preseas. Llegado el día de la santa ceremonia, se presenta al altar adornada solamente de su virtud, y vestida con una noble sencillez, que lejos de ofuscar su hermosura, aumentaba unas gracias tan realizadas por la modestia y el candor. Su profunda veneración edificó á los distinguidos y numerosos circunstantes, y las lágrimas que asomaron á sus ojos al hacer el voto de su amor y su fidelidad, anunciaron aquella ternura que no se desmintió un instante en la corta serie de los días de su vida. La alegría de estos dos esposos, manifestada por cada uno de ellos de un modo diferente, parecía atestiguar que habían tocado el término de la felicidad humana.

Pocos días permaneció Antonio en Valencia recibiendo las felicitaciones de sus admiradores y amigos, pues el conde de B..., deseoso de que fuese con su esposa á besar la mano de su madre, los envió á Cataluña á descansar de las fatigas de la guerra, juntamente con Matilde, que de ningun modo quiso consentir en separarse de su hija.

Satisfechos y gozosos nuestros héroes con el logro de su anhelada union, poseídos de la ternura y rodeados de la felicidad, olvidaron en su estado próspero y opulento á la mano Suprema, dispensadora única de los bienes, y se ocuparon únicamente de sí mismos, creyéndose fuera del riesgo de la vicisitud. ¡ Funesta debilidad del corazón humano, y triste y ordinario resultado de la dicha y opulencia! Son muchos ciertamente los que en el llanto y la aflicción recurren á la Omnipotencia Divina para reclamar de su infinita misericordia el alivio de sus males; pero ¡ qué pocos los que elevados á la cumbre de las glorias mundanas, cierran las puertas de su corazón al orgullo, y reconocen y bendicen su sabia Providencia!

No tardó Maria en sentir que abrigaba en sus entrañas el fruto de su feliz amor, y el título de madre unido bien pronto al de esposa, la revistió de nuevo atractivo á los ojos de Antonio, y estrechó mas aun sus amantes corazones.

Algunos años habían pasado en Cataluña al lado de la condesa, que separada de su esposo y su hijo mayor, á quienes tenía Su Alteza empleados en su real servicio, dividía su cariño entre nuestros dos héroes y la sagaz y discreta Matilde, que había sabido granjearse tambien su amistad y confianza. Las treguas concedidas por el rey estaban ya próximas á espirar, y el conde de B..., que no quería que su hijo se adormeciese en el seno del amor, ni se mostrase ingrato á las distinciones y honras que el rey le había dispensado, le avisó de que iba á abrirse otra vez la campaña, y de que se iba á continuar la gloriosa conquista. Esta noticia despertó en nuestro héroe aquel ardor fogoso que el amor estaba muy lejos de apagar, y dispuso su viaje á Valencia con Maria y Matilde, que quisieron seguirle, aunque el estado de la primera, que se hallaba en cinta por cuarta vez, no fuera el mas á propósito para aventurarse á un camino.

Su edad y su natural robustez superaron las incomodidades y fatigas que le son consiguientes, y llegaron á la nueva capital sin el menor trastorno. Antonio, despues de abrazar á su padre y su hermano, corrió á los piés del rey á ofrecerle de nuevo su espada; y noticioso de que ordenaba ya sus preparativos, se aprestó para la marcha y lo comunicó á su esposa, cuyas lágrimas no cesaron de correr hasta que alcanzó su licencia para seguirle al campo y partir con él las penalidades y riesgos de la próxima guerra.

## XII.

## LA EMBOSCADA.

Habían espirado las treguas que á los pueblos de la otra parte del Júcar había concedido el Conquistador de Valencia, y para llevar á efecto la ocupación de la parte que le había cabido en la división hecha entre él y San Fernando, rey á la sazón de Castilla, se puso á la cabeza de cien caballos y ochocientos infantes, y mandando que le siguiesen otros tantos, se fué á hacer noche á Abalat de Pardines, situado sobre la ribera de este río.

Al día siguiente por la mañana voló con barcos á la otra parte, y dejando el camino de Játiva, se dirigió al frente de los suyos hacia el valle de Bayren, y comenzó sus correrías por los primeros lugarejos de un gran llano que por la parte de setentrion remata en el valle llamado de Alfandec, el cual regado por cinco bellísimas fuentes, produce en su corta extensión los mas ricos y delicados frutos. De allí pasó á otro hácia el Sur, defendido por el castillo de Bayren, que sentado en una soberbia eminencia parece servir de atalaya del valle, y en el cual, y á la inmediación del castillo, se encuentran la cabeza del ducado de Gandía y la del condado de Oliva, lugares célebres por su riqueza, amenidad y por su numerosa población.

(Se continuará.)

Viajes.

ABISINIA.

Ahora que está abierto el istmo de Suez y que el mar Rojo tiende á ser lo que era antes del descubrimiento de Vasco de Gama, el camino comercial de la India, tiene un grande interés la exploracion de las comarcas contiguas á ese mar. Entre ellas hay una que por su feracidad y la variedad de sus producciones, así como tambien por el carácter, costumbres y religion de sus habitantes, ha fijado particularmente la atencion de los viajeros: es la Abisinia. Convertida al cristianismo desde principios del siglo IV; pero aislada en sus montañas desde que los árabes conquistaron á Egipto, no ha participado como las demás naciones cristianas de los progresos de la civilizacion. Desde la época de su aislamiento no han variado sus instituciones políticas y sociales.

Los apuntes de viaje que vamos á extractar aquí, tienen ya algunos años de fecha; pero no han perdido nada de su interés: los debemos á los señores Ferret y Galinier, que penetraron en el reino de Tigré, ó sea en las provincias setentrionales de la Abisinia.

Su relacion de viaje comienza en Egipto, y hablando de los usos y costumbres del país encontramos esta curiosa descripcion de las bailarinas:

« Las que nosotros vimos eran jóvenes y bonitas. Su música consistia en un tarabouk y una pandereta; y á esta armonía hay que añadir el sonido de las castañuelas de metal que tenian en la mano para acompañarse. Su traje abigarrado de vistosos colores, se asemejaba mucho al de las mujeres del haren; y en cuanto á sus bailes serian muy indecorosos en Europa. Así sucede que toda persona respetable en Oriente, hombre ó mujer, creeria una deshonra el cultivar el baile. En cuanto las bailarinas del Cairo principian á ejecutar el paso de la abeja, la música toma un carácter mas expansivo. Las bailarinas cantan para animarse repitiendo estas palabras: ¡Aquí está la abeja! Se supone que el insecto persigue á las bailarinas. ¿En

el mar Rojo. Un camino único que empieza en Messavah, conduce del mar Rojo á la Abisinia.

Situada cerca de la costa africana á 15° 36' de latitud setentrional, la isla de Messavah no tiene mas de mil metros de longitud en su mayor extension. La forma un banco de coral que apenas sobresale del agua, y no se ven allí fuentes ni árboles, y ni siquiera una mata de yerba. Es el lugar mas estéril del mundo y uno de los mas cálidos. En noviembre, el termómetro centigrado sube 35 grados y en julio á 50. Jamás el hombre habria pensado en establecerse en esa tierra desolada, si la caprichosa naturaleza no hubiese abierto allí uno de los puertos mas seguros del mar Rojo.

En cuanto llegaron á Messavah los viajeros pasaron

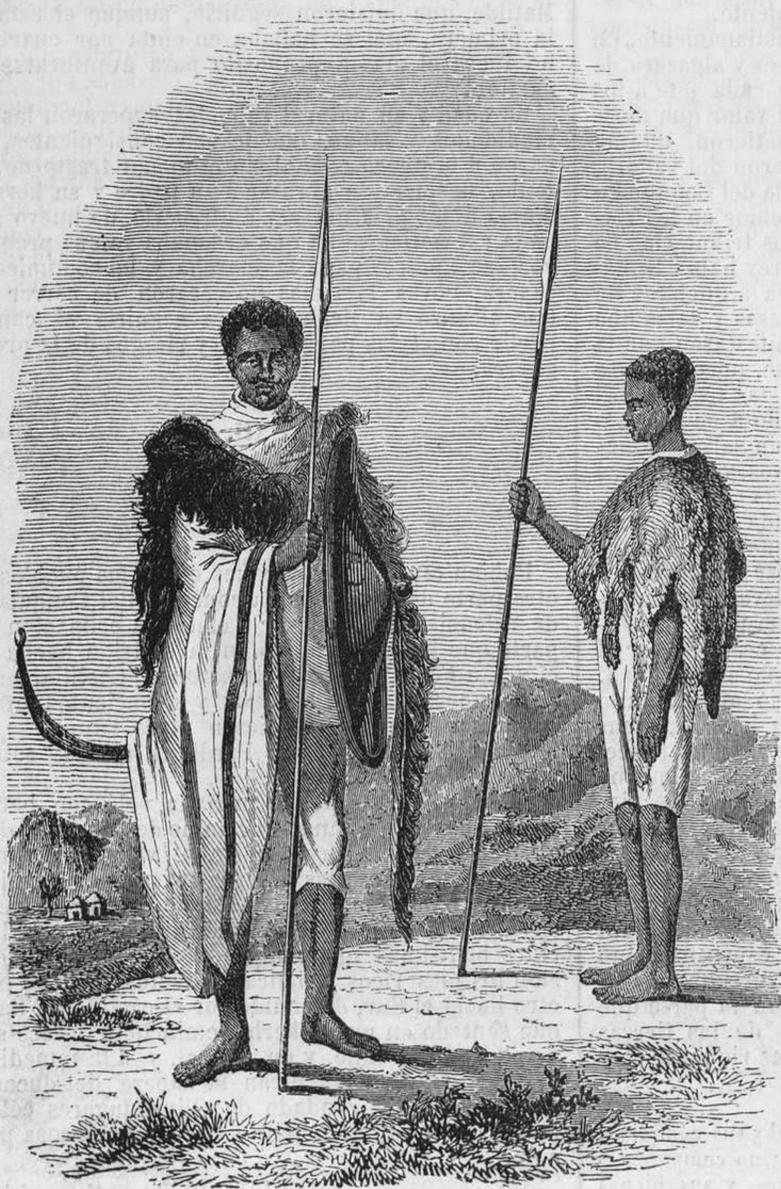
dónde está? Aquí á la derecha, á la izquierda, y siempre en el mismo momento. La bailarina trata de apoderarse de la abeja; pero la abeja se escapa y vuelve sin cesar, hasta que se refugia en los pliegues del vestido. Entonces aumenta el espanto. La bailarina sacude sus vestidos; desesperada se quita el corpiño, luego el cinturón, luego la falda, hasta que se queda en camisa. Pero poco á poco la furia se calma y á la violenta y salvaje energía del delirio sucede el cansancio, y las bailarinas vuelven á vestirse.»

Tal es el asunto de nuestro primer dibujo.

Los viajeros pasaron del Cairo á Suez y se embarcaron en



ABISINIA. — El baile de la Abeja en Egipto.



ABISINIA. — Abisinios.



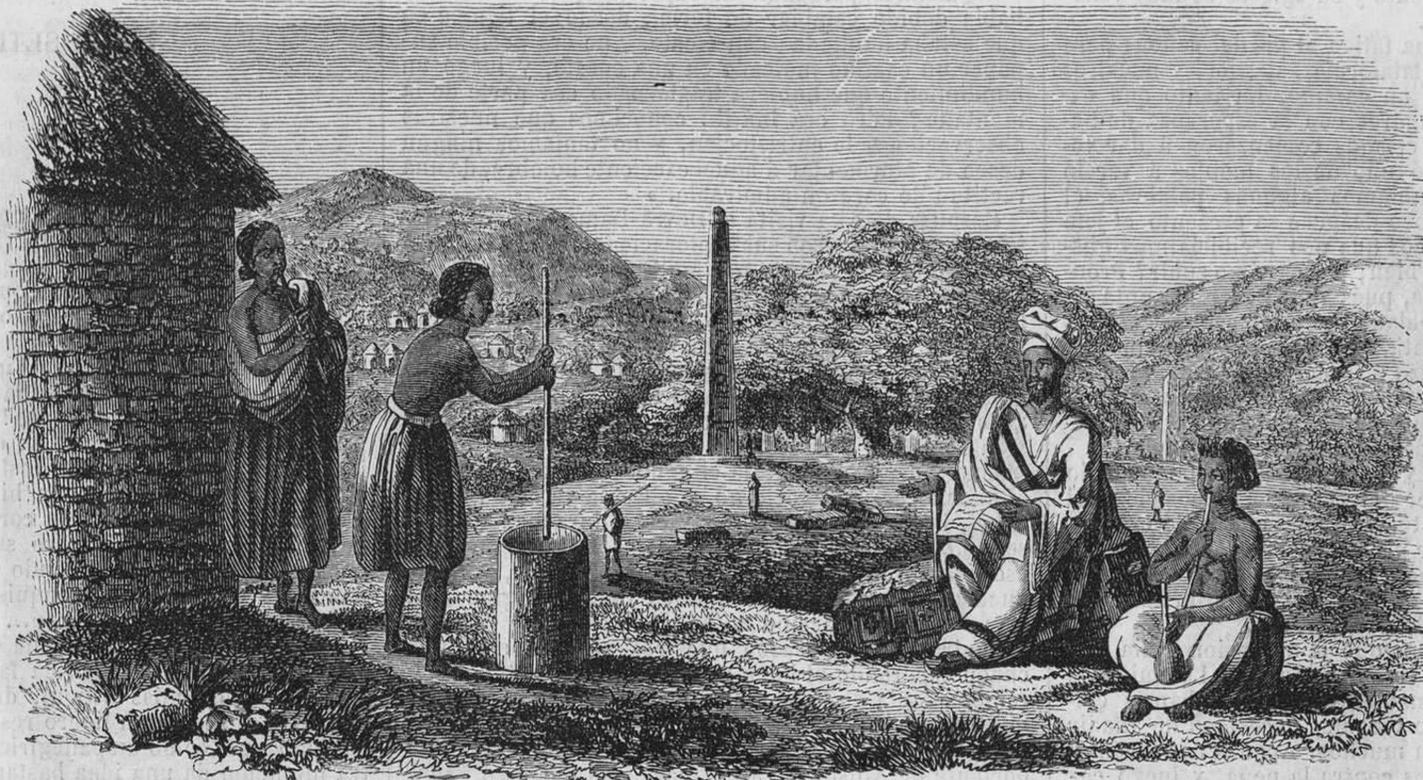
ABISINIA. — Chohos.

al continente para visitar al Nayb de Arkiko, el caudillo de las tribus nómadas que se extienden entre la orilla del mar y los montes de Abisinia. Los chochos, que así se llaman los hombres de esas tribus, son el terror de las caravanas, porque tienen merecida fama de turbulentos, ávidos, ladrones y crueles. Su enorme cabellera les da un aspecto rudo y salvaje. Toda su vestidura consiste en un pedazo de tela de algodón que se echan sobre el hombro, un calzón que no les llega á las rodillas, ó un pedazo de tela rodeado al talle. Una lanza, un escudo de piel de hipopótamo redondo y de pequeño diámetro, un largo sable derecho de dos filos, constituyen sus armas. Su país es pelado y árido, excepto algunos valles en que se observa una hermosa vegetación.

Aquí nuestros viajeros encontraron sitios deliciosos, cubiertos de sombra, embalsamados con los perfumes de plantas y flores, animados por gacelas, ardillas, pájaros de vistoso plumaje, insectos de mil formas y colores, verdaderos oasis en medio de la aridez que les rodea. Uno de estos valles, el Samhar, conduce por una cuesta casi insensible al pié del Tarenta que se eleva á 2,543 metros sobre el nivel del mar, último ramal de la cordillera de montañas que separa la Abisinia del mar Rojo. Un sendero mal trazado al borde de espantosos precipicios, conduce á la cumbre del Tarenta donde comienza el territorio de la Abisinia setentrional. De aquí la vista se extiende á lo lejos sobre la planicie del Tigré, planicie que no obstante su proximidad al Ecuador, goza de un clima templado, por causa de su altura que es de 2,000 metros. Toda la planicie está surcada de profundos valles y de altos montes. En tanto que en el fondo de estos valles el calor es excesivo, en los montes reina un frío intenso: privilegio de la Abisinia que reúne en un corto espacio todas las temperaturas, los diferentes climas de Francia, de Italia y de la India. Allí se dan naturalmente el algodón, la goma, el ébano, el añil, el azafran, la caña dulce y el café. Este último producto es excelente.

La Abisinia posee en su seno los gérmenes de todas las riquezas y solo la barbarie se opone á su desarrollo; pero nuestros viajeros afirman que un día llegará á ser un país hermosísimo, en cuanto penetre en él la civilización. Tales como nos los pintan, valientes, vivos, inteligentes y religiosos, los abisinios aprecian á los europeos porque entreven en Europa una civilización que ellos desean.

Esta aspiración hacia un porvenir mejor, esta simpatía por nuestras ideas europeas, son raras en la tierra de Africa. Solo se encuentran entre los abisi-



ABISINIA. — Ruinas de Axoum. — Sacerdote abisinio.

nios y esa superioridad se manifiesta ya en ellos por la belleza física que les distingue entre todos los pueblos de raza negra. Aunque bronceados ó negros, vienen á tener el tipo europeo. Son bastante altos, y rara vez se encuentran entre ellos hombres contrahechos. De una agilidad extraordinaria, jamás se cansan en las marchas; por lo general su fisonomía es apacible, y tiene el sello de cierta nobleza realzada por la sencillez de la vestidura rocogida á la manera antigua. Sus mujeres son graciosas entre la raza negra, con su cuerpo bien proporcionado, su rostro regular y de una expresión melancólica. En Egipto tienen fama y en los principales harenes de los turcos hay abisinias.

El traje de los hombres se compone de un calzón de lienzo que les llega á las rodillas, de una faja muy larga que les sostiene en las marchas y les preserva de la lanza en los combates, y de un gran pedazo de tela que sujetan sobre los hombros con una piel de carnero ó de león.

No es mucho mas complicada la vestidura de las mujeres. Las solteras llevan ceñida al talle un pedazo de tela y se cubren los hombros con una piel de cabra adornada de conchitas blancas; y las casadas, usan una camisa blanca mas ó menos bordada de encarnado en el cuello y en las mangas. Sobre la camisa se ponen una tela que sirve á la vez de vestido pa-

ra el día y de manto para la noche. Nuestros viajeros despues de obtener licencia para visitar el país, se internaron en las provincias, y dirigiéndose hacia el Chiré, se detuvieron algunos dias en Axoum, la ciudad mas antigua de Abisinia. Allí vieron ruinas que sin duda pertenecen á la época de los Tolomeos: un elegante obelisco queda aun en pié en medio de una plaza, y otros dos mucho mayores, yacen en el suelo hechos pedazos. Los abisinios, que ignoran las ciencias y las artes, no conciben que pudieran ser hombres los que erigieron tales monólitos y los atribuyen á los espíritus maléficis.

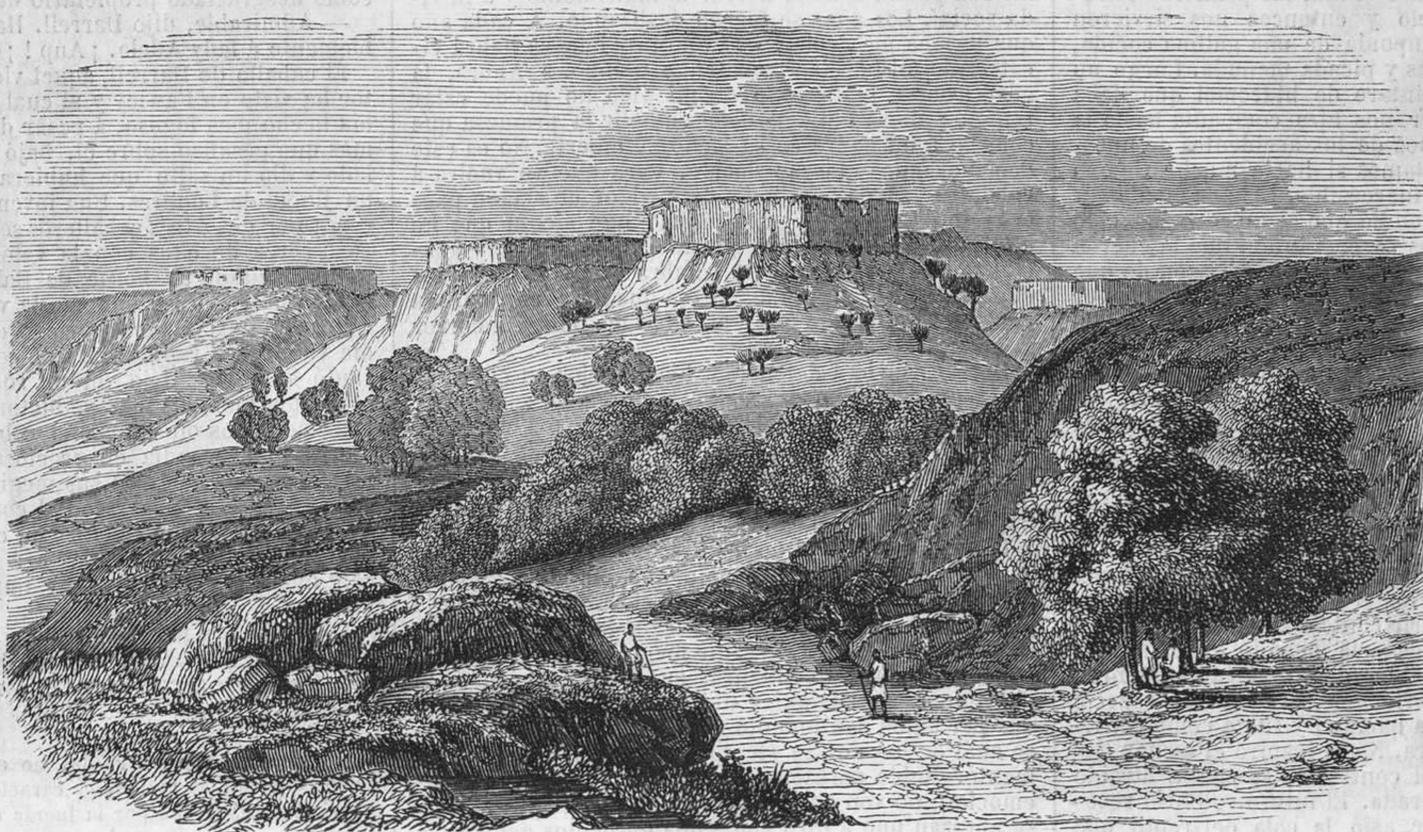
Despues de haber recorrido el Chiré y visitado el valle del Taccazé que separa el Tigré de la montuosa provincia del Samen, los viajeros pasaron al Agamé al Este de la Abisinia setentrional, comarca que no nos oculta hoy ningun misterio, despues de haber estado tanto tiempo escondida bajo un oscuro velo. De allí trajeron preciosas observaciones para las ciencias naturales y la geografía; en el mapa que trazaron hay modificaciones importantes.

Los cambios en la hidrografía que hicieron los viajeros, han traído otros análogos en el relieve de la tierra. Contentémonos con decir aquí que la elevación de las montañas, sus formas y su composición geológica fueron estudiadas cuidadosamente, y entremos solo en algunos detalles sobre las que los abisinios llaman *Ambas*, pues son tan curiosas por su aspecto, como por el papel que representan en las guerras intestinas de Abisinia.

Las *Ambas* son fortificaciones naturales que de lejos parecen murallas trazadas y elevadas por los hombres. Sus flancos verticales rematan en terrados horizontales, á veces coronados con cúpulas basálticas, como las del Haramat y de Demba-Haloun. Cada jefe tiene la suya, que guarda con hombres adictos y siempre abastecida, pues á ella se retira, como á una ciudadela inexpugnable, cuando en rebelión contra el soberano, se ve acometido por fuerzas superiores. El *Devra-Damo* tiene gran fama.

Mas dejemos aquí la palabra á nuestros viajeros:

« El *Devra-Damo* es una montaña cónica formada de piedras levantadas y de kolquals, con un gigantesco peñon sobrepuesto que parece un inmenso alcázar. Esta fortaleza hecha de un solo trozo y cuyos flancos verticales tienen cien piés de altura, es famosa en los anales de la Abisinia. Allí encerraban en otros tiempos á los hijos y parientes del emperador; y esa prisión natural reducía á la impotencia las ambiciones que habrían podido turbar el imperio con discordias civiles. Hoy



ABISINIA. — Montañas del Devra-Damo.

la fortaleza es un convento y su iglesia es muy venerada por los indígenas.

» Llegamos sin mucha fatiga al pié del peñón; pero queríamos subir á la plataforma superior, y nuestros ojos buscaban en vano un camino. En tanto que explorábamos aquellos lugares con la esperanza de hallar un paso, nuestros criados comenzaron á dar voces y muy luego asomó uno de los monjes á ver lo que buscábamos. Cambiamos algunas palabras, el monje desapareció y poco despues se presentó el jefe de la órden para decirnos que nos recibiría muy gustoso. Todo esto estaba bien; pero ¿cómo subir? Pronto se descifró el enigma, pues vimos caer la punta de una cuerda. Nuestro soldado Guebra Mariam, dejó sus armas en una casa contigua á nuestro campamento, asió la cuerda y comenzó á trepar con la agilidad de un mono, hasta que le vimos con los monjes inclinados en el coronamiento de la montaña. Todos nuestros criados, uno tras otro, imitaron su ejemplo.

» Nos llegó el turno, y aunque nos habríamos dado por contentos con haber determinado la posición del Devra-Damo y haber estudiado la geología de tan singular comarca, el amor propio se hizo superior y resolvimos hacer el mismo ejercicio. Sin embargo, nos faltaba la costumbre, y resultó que debieron subirnos con la cuerda bien atada á la cintura.

» Aun así confesaremos que la ascension tenía mucho de alarmante para viajeros novicios. Los minutos nos parecieron interminables cuando estábamos colgados en el espacio. No tenemos necesidad de añadir que los tropiezos fueron muchos. Apenas nos levantaron del suelo tropezamos contra la peña, y luego comenzamos á dar vueltas en el aire obedeciendo á la ley de torsion. Por fin, despues de haber recorrido una distancia de treinta y tres codos en línea vertical, plantamos el pié en el suelo, teniendo las manos ensangrentadas. Estábamos á la mitad del camino; pero la otra parte no nos parecía mas que un paseo; pues todo se reducía á subir una escalera cortada en la roca.

» Despues de haber subido la escalera nos encontramos en el Devra-Damo, esto es, en una planicie estéril cuya circunferencia podrá tener 1,500 metros. Apenas se ven allí cinco ó seis árboles raquíticos que han echado raíces en las grietas de la roca. Si no falta agua, es porque la estacion de las lluvias llena generosamente unas grandes cisternas á las que se baja por escaleras practicadas en la roca. Hacia la mitad de la planicie se eleva el convento, ó lo que llaman un convento, que es una aldea. En vez de un claustro, de un edificio único donde los religiosos viven en comun, es una poblacion como todas las de Abisinia en donde cada monje tiene su casa y vive á su modo. La única diferencia es que las casas no son redondas con techumbre cónica, sino cuadradas con techumbre plana. La iglesia pasa por la mas hermosa de Abisinia, despues de la de Axoum, y con efecto, es un edificio rectangular de una arquitectura bastante notable. En su interior hay una galeria sostenida por columnas, con reja, desde la cual asisten los monjes á los oficios sin ser vistos por la gente de la nave. El plan regular del edificio, la buena ejecucion de todos los detalles, probarian suficientemente que la iglesia no es obra de los abisinios. Por lo demás, la tradicion confirma este testimonio del monumento: dice que la iglesia del Devra-Damo fué construida por artistas extranjeros por la misma época que la iglesia de Axoum.

» Cuando hubimos recorrido toda la planicie, el superior del convento nos llevó á la casa que nos habia destinado, casa pelada, sin muebles ni adornos; pero muy aseada y alegre. Pasó el dia, las primeras estrellas brillaron en el cielo y entonces nos sirvieron nuestra cena que se componia de una gallina cocida, muy cargada de especias y picada menuda. Luego un criado nos trajo un cántaro de hidromel que daba gusto verle y el superior nos hizo compañía hasta la hora del sueño. Hablamos de los accidentes de nuestra ascension y preguntamos si hacia mucho tiempo que el Devra-Damo era inaccesible. El buen monje nos miró atónito y nos respondió que siempre habia sido lo mismo. A nosotros nos parecia difícil que la cuerda hubiese sido el camino primitivo, por la razon de que era preciso echarla de arriba, é insistiamos en creer que un primer viajero habia debido descubrir un sendero para subir á la planicie.

» Aquí el superior nos detuvo diciendo:

» — Ese primer viajero fué un piadoso solitario sobre el cual Dios se dignó manifestarse por un milagro. El santo hombre habia visto los vicios é iniquidades de los malvados; é indignado con el espectáculo, se hastió de la tierra é hizo voto de acabar sus dias en el mas profundo aislamiento. Un dia que pasaba al pié del Devra-Damo tuvo una revelacion, y cayendo de rodillas, pidió á Dios fervorosamente que le inspirase el modo de llegar á lo alto de la maravillosa montaña, para morir contemplando el cielo. Aun no habia concluido su plegaria, cuando hubo un movimiento á lo largo de la montaña; el santo hombre volvió los ojos y descubrió una serpiente de especie desconocida, que bajaba hacia él y subía como convidándole á que la siguiera. No le inspiró el menor terror aquella serpiente, al contrario, se sentia atraído por la dulzura de su mirada. El futuro solitario reconoció la mano del Señor, asió la cola del reptil que se dejó tocar como un cordero y en el mismo instante el santo fué trasportado sobre la montaña y quedó separado para siempre del resto de los hombres.

» Quisimos persuadir al superior que la montaña habia debido cambiar de forma desde el tiempo en que estaba habitada; con efecto, ¿no era posible suponer un camino indicado en una cuesta, y luego un hundimiento que hubiera trastornado esa parte de la montaña? Pero era inútil: conocimos que nuestras observaciones le entristecian, y no teniamos ningun deseo de atormentar á aquel excelente hombre, de una rectitud de corazon admirable.»

Despues de esta visita al Devra-Damo, nuestros viajeros interrumpieron sus exploraciones. Todos los años la Abisinia está regada por las lluvias periódicas que ocasionan las crecidas del Nilo, indispensables para la vida de Egipto. Estas lluvias no pasan del 16° de latitud. En el Tigré llueve rara vez en el mes de mayo. En junio comienza el agua y en julio cae con una regularidad sorprendente. Todas las mañanas hace sol: al mediodia se juntan las nubes, principia á reinar el viento de Este ó sudeste, á eso de las dos se oye el trueno y despues empieza el aguacero que dura hasta el anochecer. En agosto no se observa ya esta regularidad, llueve á todas horas y esta dura hasta fin de setiembre que es cuando cesan las lluvias. En todo ese tiempo los caminos están impracticables, y no se pueden pasar los rios porque los abisinios ignoran el arte de la construccion de puentes.

Cuatro meses pasaron nuestros viajeros en Intetchaou esperando el buen tiempo. En otro artículo daremos cuenta de la segunda parte de su viaje. Les seguiremos á los montes de Samen, tan altos que tocan á la region de las nieves, á Gondar, la ciudad mas importante de Abisinia y á las márgenes del lago Tana, vasta sábana de agua sembrada de risueñas islas, donde retozan los cocodrilos y los hipopótamos y que atraviesa el Nilo, el rio-dios del antiguo Egipto.

R. S.

### ¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el N° 1,003.)

— No, Lionel, dijo Darrell con dulzura; debo proseguir. Sobrellevé aquel sentimiento con energia. En aquel tiempo me quedé tambien viudo. Me quedaba una hija; el primogénito que mi padre habia bendecido en su lecho de muerte. Yo reconcentré en ella todo mi amor, todas mis esperanzas. ¿Es acaso menos pura la raza que se perpetúa por herederos del otro sexo? Pues bien, la muerte de mi hijo fué un beneficio comparado con...

Darrell volvió á detenerse, despues prosiguió con precipitacion:

— ¡Basta! Todo se perdona en la tumba. Yo estaba entonces en la primavera de la vida, en libertad de formar nuevos lazos. Tengo otro pesar que confiaros, que aun no he podido desechar. Los disgustos habian emponzoñado de tal modo mi existencia que... que... En una palabra, tenia horror al matrimonio y á la vida social. Los años se fueron deslizandose. A cada año que pasaba me decia: « El año próximo se habrá cicatrizado mi herida; aun tengo tiempo. » Ahora, la edad avanza, el término de mi vida no puede estar remoto; ahora ó nunca debo cumplir la promesa que consoló á mi padre en su lecho de muerte. No es este deber el único que me decide. Para que yo vuelva á encontrar sanos pensamientos y vigor de accion para el resto de mis dias es necesario que sienta que he ahuyentado un recuerdo que me atormentaba y apaciguado para siempre una sombra querida. Sean los que fueren los nuevos disgustos que me aguardan, sea cualquiera el riesgo que á mi edad me obliga á correr la locura...

Darrell volvió á detenerse, fijó sus ojos en el rostro de Lionel, y abriéndole los brazos exclamó:

— Perdonad, mi noble Lionel, si no me contento con un heredero como vos, y no os burleis de este viejo, que sueña aun con la esperanza de una mujer que pueda amarle, y darle hijos que hereden la casa de su padre.

Lionel se precipitó en los brazos que se abrian para él, y si Darrell hubiera tenido que buscar un medio de ahuyentar para siempre del corazon del jóven la posibilidad de un sentimiento egoista, ningun artificio hubiera podido conseguir mejor aquel objeto, que aquella afectuosa confianza, en la cual desaparecia absolutamente cualquier distincion de edad. Igualmente por aquel sentimiento que eleva á ambos, yo no sé cuál de los dos se siente mas jóven en este momento. Noble corazones confundidos en una misma emocion, no ven en el tiempo mas que el presente, y se abrazan uno á otro como dos hermanos gemelos.

### LIBRO SÉTIMO.

I.

Soy en un todo de vuestra opinion, Alban; Honoria Vipont es una jóven muy superior.

— Ya sabia yo que vos convendriais en ello, exclamó el coronel con mas calor que de costumbre.

— Hace muchos años, repuso Darrell con semblante reflexivo, que leí las novelas de miss Edgeworth; al hablar con miss Honoria Vipont me parece conferenciar con una de las heroínas de miss Edgeworth. ¡Tan racional! ¡tan prudente! ¡con tan buen comportamiento! Sin notarse en ella ninguna de esas ideas románticas, sino una instruccion sólida basada en la filosofia moral y en la historia natural... arreglando siempre su reloj y su corazon, de manera que el uno dé la hora y el otro suspire en el momento oportuno... que elegirá cuando se case un esposo respetable y formal, cual conquistará con dignidad, y cuya pérdida lamentará con... con decoro. ¡Oh! sí, seguramente es una muchacha de gran mérito (1).

— Aunque es algo satirica la descripcion que habeis hecho de miss Vipont, dijo Alban Morley sonriendo, á pesar de un ligero resentimiento, la acepto, sin embargo, como un panegirico, porque contra vuestra intencion da una idea bastante exacta de las cualidades que hacen de una mujer compañera inteligente y una esposa fiel, cualidades que debemos buscar cuando á nuestra edad tratamos de casarnos. Porque nosotros no somos jóvenes, añadió el coronel sentenciosamente.

DARRELL.

¡Ah! no. Ojalá lo fuéramos aun. Pero es indisputable la exactitud de vuestra observacion. ¡Ah! mirad. ¿No es ese un rostro capaz de hacer olvidar á un octogenario que no es ya jóven? ¡Qué facciones tan regulares! ¡Qué color tan hermoso!

Los dos amigos se paseaban á caballo por el parque y Darrell saludó á una señorita que pasó rápidamente tambien á caballo con otros dos caballeros. Era aquella jóven tan bella que Lionel habia visto y escuchado tan atentamente en la gran reunion que le habia hecho desertar de la casa de Carr Vipont.

— Sí; lady Adela, una de las mas encantadoras bellas de Lóndres, dijo el coronel que tambien se habia quitado el sombrero cuando la jóven pasó rápidamente. Su padre es muy amigo mio: un hombre excelente; pero avaro. A duras penas he podido arreglar el casamiento de su hija mayor con lord Bolton. Si sentis preferencia por lady Adela, aunque creo que no os conviene tanto como miss Vipont, yo os respondo del consentimiento del padre y de la hija. Creo que no será un motivo para que os alejeis de ella los muchos admiradores que la cercan, porque puedo decirlo que ninguno tiene nada que ver con ella.

— Eso es peor, dijo Darrell. Sin embargo, gusta contemplar un hermoso paisaje aunque el suelo sea estéril.

EL CORONEL MORLEY.

Eso es cuando se mira el paisaje como artista y no como desgraciado propietario del territorio.

— Admirable, dijo Darrell. Habeis juzgado admirablemente á lady Adela. ¡Aup! ¡oh!

El caballo de Darrell, aquel viejo caballo que el lector ha visto en Farley y al cual un largo descanso habia hecho mas fogoso, á pesar de aquellos cinco años mas que pesaban sobre él, bajó la cabeza, escapó de lado y dió un salto que hubiera derribado á mas de un jinete de Lóndres. Una jóven amazona seguida de cerca por dos ó tres caballeros seguidos de sus grooms, pasó cerca de ellos con la velocidad del viento y la indiferencia de un héroe de Balaklava. Pero cuando distinguió á Darrell que con la voz y la mano habia ya calmado la excitacion nerviosa de su corcel, dió media vuelta con rapidez y fué á colocarse á su lado. Levantó su velo y dejó ver un rostro animado por una expresion maliciosa tan seductora, por una alegria tan loca, por unos ojos pardos tan brillantes, y una cabellera que descendia en graciosos desórden formando rizos á ambos lados de sus megillas, que hubiera desarmado el resentimiento del corazon mas insensible, que hubiera reconciliado con el peligro el corazon mas tímido. ¿Cómo resistirse á la humildad graciosa con que se excusó por su impolitica y su aturdimiento?

Flora Vyvyan no era de una belleza regular como lady Adela, ni una jóven como miss Vipont; pero tenia un rostro encantador, que respiraba inocencia y

(1) Darrell es quien habla, no el autor. Darrell es injusto con los mas bellísimos caracteres de mujeres de una novelista, admirable por la fuerza de su razon, su exacto dibujo, la elegancia de la narracion y su correcto estilo no menos admirable por la nobleza de sentimientos, nobleza exenta de exageracion, que distingue notablemente á algunas de sus heroínas. (Nota del autor).

EL CORONEL MORLEY.

No digais comprar.

DARRELL.

— Sí, y yo seré bastante joven para atrapar una mariposa como lady Adela y bastante audaz para encadenar una pantera como Flora Vyvyan. Haced que todo el mundo lo comprenda, ese mundo en que se hacen los casamientos por subasta, decid que Lionel Haughton no es un primo pobre, no es un aventurero sin un penique. ¡Ah! Morley, el placer marcha cojeando como en castigo detrás de nosotros, *pede clauda*. Lo que nos hubiera deleitado anteayer no lo conseguimos hasta hoy, y el placer de ayer no será el de mañana. Un penique de confites hubiera hecho brillar de alegría nuestros ojos cuando hacíamos palotes en la escuela, y entonces nadie nos daba confites. Ahora la Francia nos sirve todos los días los postres mas delicados, los dulces mas exquisitos. ¿Y teneis vos deseo vehemente de comerles? Yo nunca. Demos á Lionel confites á su tiempo. Pero él se acerca. Me alegro veros, Lionel.

— Os dejo con Lionel, dijo el coronel mirando su reloj. Tengo una cita poco agradable. Dos amigos míos han tenido una disputa, y se han dirigido frases inconvenientes, en una edad en que los duelos no parecen bien. Yo he prometido ver á otro amigo y arreglar la cuestion, haciendo que presenten el uno al otro sus excusas. Adios. ¿Esta noche nos veremos en el concierto de lady Dulcett?

— Sí, dijo Darrell. He prometido á miss Vyvyan que iria allá para impedirle que turbase la reunion. Y vos, Lionel, ¿ireis conmigo?

LIONEL, con cierto embarazo.

No, perdonad. Tengo otro compromiso.

— Es lástima, dijo el coronel con gravedad. El concierto de lady Dulcett es justamente uno de esos sitios en que un joven debe dejarse ver.

El coronel Morley hizo un saludo con la mano con cierta languidez elegante, y puso al trote su caballo, que se alejó con la majestad de un corcel de batalla y la gracia de un caballo de paseo.

— ¡Qué hombre tan inalterable! dijo Darrell siguiendo con los ojos al caballero. Lo mismo era Alban Morley cuando iba á la escuela; lo mismo seria dentro de mil años. No hablo del exterior; las arrugas llegarán, es evidente, y sus megillas perderán sus frescos colores. Pero eso es una bagatela. El cuerpo del hombre, como Sócrates ha dicho antes que yo, no es mas que un vestido, y segun los fisiólogos, cada siete años se reviste de piés á cabeza de una nueva cubierta, cambia de fibras y de epidermis. En la escuela, lo mismo que en la sociedad, Alban no hacia nada; pero era un personaje respetado por los pequeños, agasajado por los mayores, era considerado por todos como una autoridad. Nunca ha ocupado elevados puestos, y sin embargo se le ha visto familiarmente del brazo con los primeros personajes. Nunca se ha encontrado en un compromiso, y siempre ha ayudado á salir de ellos á los demás. Inmóvil como una deidad de Epicuro, es superior á todas las inquietudes de los mortales. ¿Qué podria proporcionarle la riqueza que no haya gozado ya? Ha escogido una habitacion en las casas de los mas opulentos personajes. Habladle de ambicion, habladle de poder; él ha conseguido todas las recompensas sin el menor esfuerzo. Verdadero primer ministro de todo el reino, que está bajo su direccion, la buena sociedad no tiene un voto contra él; él arregla los negocios, él conoce los secretos, él es el protector de todos. Siempre le están pidiendo favores, y ninguno es bastante poderoso para concederle ninguno. Siendo incorruptible, sabe poco mas ó menos el precio de cada hombre; es impecable, conoce las debilidades de cada individuo; es suave como la seda, duro como el diamante; es imposible herirle, contrariarle, atormentarle, aunque no es insensible; por último, es muy bueno. ¡Querido Alban! Jamás he conocido un caballero tan completo y un hombre tan honrado.

La voz de Darrell tembló ligeramente contemplando con un sentimiento de tierno cariño el retrato que habia comenzado en un tono festivo. Despues variando de pronto de conversacion dijo con tono ligero.

— Tengo que pedir os un favor, Lionel. Ayudadme á reparar una falta de urbanidad que nunca podria cometer Alban Morley. Hace algunos dias que estoy en Lóndres y todavia no he ido á ver á vuestra madre. ¿Quereis acompañarme á su casa y presentarme á ella?

— ¡Gracias! ¡gracias! la vais á llenar de orgullo y de alegría. ¿Pero podré adelantarme para prepararla á vuestra visita?

— Ciertamente... Las señas.  
— Gloucester Place, número...  
— Dentro de media hora me reuniré con vos.

II.

Lionel sabia que aquel dia mas que otro cualquiera era preciso prevenir á Mrs. Haughton de la visita de

Darrell. Mistress Haughton pensaba tener una reunion aquella misma noche; y cuando aquella buena señora tenia reunion, estaba seriamente preocupada. Como ama de casa activa y celosa se ocupaba en los menores detalles. Lionel habia renunciado al concierto de lady Dulcett por asistir á la reunion de su madre. El joven no dejaba pasar ni un dia sin ir á ver á su madre y pasar con ella una hora ó dos, sacrificando muchas veces por su madre un paseo á caballo ó alguna otra alegre excursion con sus camaradas. Difícil es en la vida de Lóndres y en medio de su mejor estacion consagrar una hora ó dos á una visita, pero mistress Haughton que era exigente, necesitaba que su hijo le consagrara la mejor parte del dia. Quería que sus vecinos viesen bajar de su cabriolé ó de su caballo al hermoso y elegante joven cuando transitaba mas gente por Gloucester Place. En los dias de gran gala, cuando habia recepcion en palacio, queria que fuese á verla antes de cambiar de traje, á fin de que ella y toda Gloucester Place pudiera admirarle de uniforme.

Lionel encontró á Mrs. Haughton muy alborotada. A su puerta vió el carro del jardinero. Varios hombres subian macetas para adornar la escalera, haciendo mas difícil la subida estrechándola. Los refrescos estaban ya preparados en el comedor. Mrs. Haughton, con las tijeras en la mano, cortaba flores para adornar la mesa. No hacia mas que ir y venir del vestibulo al comedor, de los floreros á las macetas.

— ¡Ah! ¿eres tú, Lionel? Llegas á propósito: tú, que vas á las grandes reuniones, me dirás si los pastelillos de ratafiá deben estar aquí en medio ó en las esquinas.

— Nunca he reparado en semejante cosa, madre mia. Pero daos prisa, quitaos ese delantal, haced que cierren esas puertas y subid arriba. M. Darrell debe venir muy pronto á visitarnos. He venido á escape para prepararos.

— ¡M. Darrell! ¡Hoy! ¿Por qué le has dejado que venga? Eres un aturdido. Deberias respetar mas á tu madre. Porque yo soy vuestra madre, caballero.

— Sí, querida madre, no me riñais: yo no he podido impedirlo. El tiene pocos momentos desocupados, y si hoy le hubiera disuadido, tal vez no hubiera podido venir otro dia, y...

— ¡No venir otro dia! ¿Quién es M. Darrell para darse esa importancia? No es mas que un abogado, despues de todo, dijo mistress Haughton con majestad.

— ¡Oh! madre mia, ese lenguaje no parece propio de vos. Es nuestro bienhechor, nuestro...

— No sigas; he hecho mal, muy mal, lo conozco. Todo ha consistido en mi carácter, Lionel. ¡El buen M. Darrell! ¡Cuánto me alegro de verle, verle en esta casa, en esta casa que le tengo que agradecer, verle á tu lado! Creo que al verle voy á caer á sus piés de rodillas.

Y de sus ojos empezaron á desprenderse algunas lágrimas.

Lionel besó con cariño aquellas lágrimas.  
— Ahora reconozco bien á mi madre. Ahora estoy orgulloso por tener una madre como vos. ¡Qué bien me pareceis! Tambien estoy orgulloso por eso.

— ¡Yo bien! Pues si no estoy convenientemente vestida para recibir una visita semejante. Y esta cara... Aunque como ese buen M. Darrell es ya un señor de edad no se ocupará mucho de las señoras. ¡Juan! ¡Juan! arreglad pronto estas plantas. ¡Gran Dios! Os habeis quitado la levita, ponérosla otra vez. Espero á un *gentleman*. Voy al primer salon, Juan. Enviadme á Susana. Lionel, echad una ojeada sobre la mesa y mirad dónde se han de colocar las flores, y...

El resto de las palabras de Mrs. Haughton, que subia rápidamente la escalera, se perdió en el aire. Desapareció al llegar arriba y entró en su cuarto.

III.

Gracias á la actividad de Lionel, la antesala estaba en orden, las plantas en su sitio, el salon cerrado sobre aquellos preparativos de fiesta, y el lacayo de librea esperando en la puerta, cuando llegó M. Darrell. Lionel le salió al encuentro y recibió á su bienhechor, cuando aquel hombre generoso traspasó el umbral de la casa que tan generosamente habia proporcionado á la viuda.

Si Lionel habia concebido algunos temores por el resultado de aquella entrevista, fueron pronto y felizmente disipados. En efecto, á la vista de Darrell, afectuosamente apoyado en el brazo de su hijo, Mrs. Haughton se abandonó instintivamente al impulso de su razon cariñoso y agradecido. Se adelantó hácia Darrell, asió su mano, y en sus palabras habia cierta elocuencia y sencillez, expresaban tan bien lo que sentia en su corazon, que Darrell la miró conmovido.

Mrs. Haughton era todavia una mujer bonita; tenia esa delicadeza de formas que constituye la elegancia de una persona; su voz era tambien muy dulce, excepto cuando se incomodaba. Los defectos de educacion y de carácter y de la politica convencional, no podian notarse en aquella emocion tan natural que experimentaba. Darrell habia ido resuelto á quedar complacido de ella en lo posible, y en efecto, quedó mas complacido de lo que podia esperar.

Hasta aceptó en favor del difunto capitán algunas excusas que antes se habia negado á admitir. La hija del comerciante no era grosera ni presuntuosa, y en

alegría, y aunque afectaba inclinaciones varoniles, no por eso brillaba menos en su semblante la belleza de la mujer.

Era Hebe imitando á Talestris. Convienè añadir que Flora era una heredera, hija única, niña mimada, sin grandes conocimientos, (aunque la instruccion es una cosa de que hace muy poco caso la juventud dorada), pues no sabia nada como no fuera montar á caballo, manejar con cierta destreza un taco de billar y lanzar dos ó tres bocanadas de un cigarrillo español.

Esto último era inapreciable, le habia valido tres ó cuatro proposiciones de matrimonio. (N. B. Las señoritas no obran de una manera conveniente al manifestar su horror al tabaco, pues la *juventud dorada* (1) en la época presente prefiere las bocanadas de humo á los ardientes suspiros). Creereis tal vez que Flora Vyvyan debia ser comun, vulgar. De ninguna manera: era picante, original, y hacia las cosas mas extravagantes con la actitud y la mirada de una persona de la mayor distincion.

Las hadas, hagan lo que quieran, no pueden ser vulgares: pueden tomarse las mas extrañas libertades, sin dejar de ser graciosas y poéticas. Flora Vyvyan era una hada. Sin tener ella gran talento, profesaba cierta veneracion á las personas de talento; los jóvenes ligeros eran los que menos podian fascinar á aquella niña loca. La mujer prefiere por lo general su antitesis. Sin embargo, ¿seria posible que Flora Vyvyan hubiera incurrido en la extravagancia de premeditar la conquista de Guy Darrell, un hombre que tenia diez años mas que su padre? Ella tambien era rica y no podia alimentar ningun pensamiento interesado, pues habia desechado á muchos jóvenes nobles mas ricos que Darrell. Aquella idea parecia absurda; sin embargo, Alban Morley, observador sagaz, la concibió y tembló por su amigo.

Por último, la señorita despues de haber estado hablando á Darrell con su tono alegre y festivo no exento de cierta deferencia, se alejó con los satélites que la escoltaban y habian estado hablando mientras tanto con el coronel. Este último dijo cautelosamente:

— Miss Vyvyan es alarmante.

DARRELL.

¡Alarmante! Ese epíteto merece explicacion.

EL CORONEL MORLEY.

Una niña de esa clase es capaz de convertir á un hombre de nuestros años en un viejo loco en toda la extension de la palabra.

DARRELL.

Eso será si semejante hombre permite que le vuelvan mas loco que antes. Pero yo pienso que al ver esas lindas manos apoyadas sobre su sillón ó ese rostro encantador brillando en su gabinete de estudio, puede ser un viejo loco muy dichoso, y que nada puede desear mas agradable.

EL CORONEL MORLEY, suspirando.

Temo, pobre amigo mio, que hayais ido ya demasiado lejos. No me admiro ya de que no apreciéis á Honoria Vipont. Lady Selina tiene la siguiente máxima cuya verdad me ha demostrado la experiencia: cuando á las mujeres se les pone una cosa en la cabeza, los hombres mas sensatos llegan á ser...

— Los mas locos, interrumpió Darrell. Si Marco Antonio hizo tantas locuras por Cleopatra, aquella vieja cortesana llena de afeites, ¿qué hubiera hecho por una Julieta joven y hermosa? ¡Juventud y alegría! ¡Ay! ¿por qué no hemos de poder hacer de esas dos cosas nuestras compañeras cuando la edad y los disgustos nos han enseñado á tener mas indulgencia hácia una de ellas y mas necesidad de la otra? Alban, el que pudiera conquistar el corazon de esa niña, y modificar su carácter alegre, dirigiéndola con dulzura, haria de ella una esposa prudente, cariñosa, fiel.

— ¡Cielos! exclamó Alban Morley.  
— Si, para un marido, prosiguió Darrell sin inquietarse por aquella exclamacion, para un marido como... Lionel Haughton. ¿Qué os parece?

— ¡Lionel! ¡Oh! no puedo presentar la menor objecion respecto de esa idea. Sin embargo, todavia es demasiado joven para pensar en casarse, es un niño. Además, si vos os casais, Lionel no podrá aspirar ya á la mano de una joven del nacimiento y la fortuna de miss Vyvyan.

— Al menos su escasa fortuna no impedirá á Lionel hacerle la corte. El dia en que yo me case le señalaré para él y para sus herederos cinco mil libras al año, y si con un nombre distinguido, juventud, hermosura y un corazon de oro, esa fortuna no le permite aspirar á la mano de una doncella, sea la que fuere, yo doblaré la cantidad y será suficientemente rico para comprar una compañera superior á Honoria Vipont.

(1) *Jeunesse dorée*, en el original inglés.



PARIS. — Consagracion en la capilla del colegio Rollin de un monumento elevado á la memoria de los alumnos muertos en la última guerra.

sus sencillos movimientos de gratitud no quedaba la menor huella de aquel servilismo de mal gusto que se notaba en sus composiciones epistolarias. En los muebles y el adorno de la habitacion se notaba cierta elegancia tan distante de la fastuosa ostentacion como de la miserable economia.

Todo demostraba que Mrs. Haughton no derrochaba su pension en bagatelas inútiles, ni tampoco se afanaba por ahorrar con un sentimiento de avaricia. Para las señoras en general, las maneras de Darrell eran seductoras en extremo : lo que le habia hecho conseguir aquella reputacion era cierta modestia interpretada como una muestra de su respeto por aquellas á quienes se dirigia, que lisongeaba á las mas é impedía que llegara á irritarse el amor propio de las otras. Para aquella señora en particular, aquella modestia era una señal de buena educacion.

En una palabra, todo fué bien hasta el momento en que Darrell se levantó para despedirse. Algun mal genio debió recordar entonces á Mrs. Haughton la reunion de la noche, y su gratitud buscando una oportunidad de manifestarse, la impulsó á convidar á aquel hombre generoso á quien debia la facultad de poder tener reuniones en su casa. Nunca habia podido formarse una idea exacta á despecho de todo lo que la podia decir Lionel, de la posicion social de aquel hombre, un legista, segun ella, que habia pasado su juventud en el fondo de Holborn, á quien el brillante capitán habia creído hacer un favor no rompiendo con él, que habia llegado á poseer una grande fortuna, pero que nunca podia llegar á pertenecer al mundo elegante. El pobre hombre, decia ella entre sí, debe estar muy aislado. No será como Lionel que siempre está de baile. Una tranquila reunion, con gente de su misma condicion le convendrá mejor que esas grandes reuniones á donde va Lionel. ¿Por qué no le he de convidar? Sí, voy á convidarle. ¿Qué diria si no le convidara? No convidarle seria en mi una negra ingratitud. Todas estas ideas atravesaron al mismo tiempo por la mente de Mrs. Haughton, y estrechando entre sus manos la que Darrell le tendia, le dijo :

(Se continuará.)

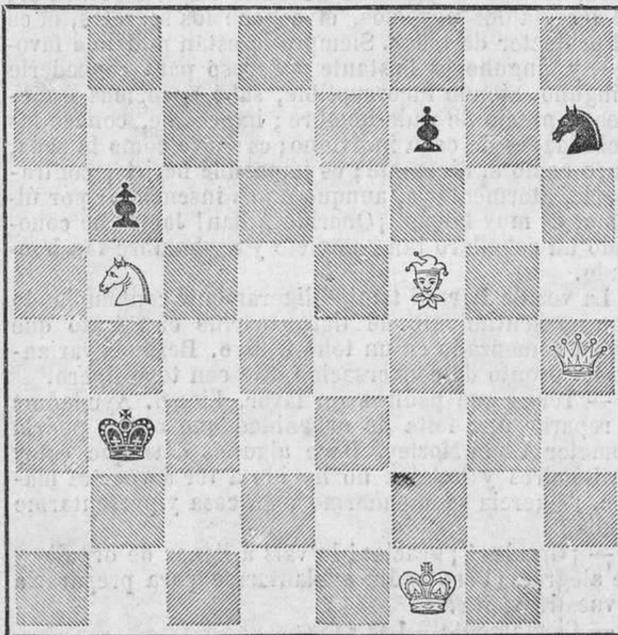
**Problemas de ajedrez.**

Solucion del número 357.

- 1 C 4ª CR P toma C
- 2 T 5ª R R ó A toma T
- 3 A 7ª ó 2ª Rª jaque-mate

PROBLEMA NÚMERO 358, POR M. T. M. BROWN.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

**Monumento**

CONSAGRADO EN LA CAPILLA DEL COLEGIO ROLLIN, Á LOS ALUMNOS MUERTOS EN LA ÚLTIMA GUERRA.

Es costumbre y deber en las familias el conservar piadosamente el recuerdo de los miembros que han perdido, y en ninguna parte se practica mejor este deber que en Paris, donde se profesa en alto grado el culto de los muertos. Los colegios son grandes familias, y tenian pues el deber de contar los alumnos que han perdido en la guerra de 1870-71, y de honrar su memoria.

Sabemos que el ministro de Instruccion pública y Cultos ha prescrito á cada establecimiento que proceda á tan piadosa investigacion; pero antes habia tomado la iniciativa en el asunto la Sociedad de los antiguos alumnos del colegio Sainte-Barbe-Rollin. En su última reunion general, presidida por M. Sainte-Claire Deville, se decidió, sobre la proposicion del general Bocher, el heroico coronel del 3º de zuavos en Reichshoffen, que se elevaria un monumento en la capilla del colegio, á la memoria de los diez y ocho alumnos que murieron en Reichshoffen, Metz, Sedan, Laon, Paris, Orleans y Pont-Noyelles.

El Viernes Santo se hizo la inauguracion del monumento, hallándose reunidos en la capilla del colegio los alumnos, los funcionarios, el comité de la Sociedad, presidido por M. Raymond, y el consejo de administracion presidido por el doctor Depaul.

Despues del oficio de Tinieblas, y de un magnifico sermon que pronunció M. Baron, capellan de Santa Genoveva, procedió á la consagracion del monumento el primer limosnero, y en cada ángulo se depositaron coronas de siemprevivas.

Esta interesante ceremonia causó una viva impresion en todos los presentes. Con efecto, no era solo un justo homenaje á los valientes que han cumplido con su deber, sino una gran leccion para la generacion actual, que será ciertamente no menos valerosa, y esperamos que será mas afortunada el dia en que la patria la reclame.

R. S.